AGUAS FUERTES

Obra dramática en tres actos

por

W. E. RETANA



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

1901

AGUAS FUERTES

AGUAS FUERTES

Obra dramática en tres actos

por

W. E. RETANA



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

1901

Á

. . . .

Emilio.

4 de diciembre, 1900.

PERSONAJES

Carolina, de 25 años, esposa de
Antonio Andreu, de 50, hombre de negocios.
Luis Picazo, de 30, escritor.
Federico Beltrán, de 30 á 32, ingeniero, amante de Carolina.
Daniel Antúnez, de 42, senador vitalicio.
Manuel Costa, joven, amigo de Picazo é íntimo de Beltrán.
Eduardo Jiménez, joven, íntimo de Picazo.
María Luisa, joven, íntima de Carolina.
El Marqués, de 60 años, millonario.
Petra, doncella de Carolina.
Emilio Fuentes, joven, íntimo de Beltrán.
Una Camarera de horchatería.
Dos Guardias de orden público.
Cuatro ó seis Curiosos que no hablan.

La acción se desarrolla: durante el primer acto, en el balneario de Aguas Fuertes (Guipúzcoa); durante la parte primera del segundo acto, en San Sebastián; lo restante de la obra, en Madrid.

Año de 1900.

La derecha y la izquierda son las del espectador; pero pueden considerarse también como las del actor, siempre que el criterio que se adopte se mantenga con absoluta independencia, el uno del otro.

ACTO PRIMERO

PRIMERA PARTE

Jardín. A la izquierda, cerca de las bambalinas, un banco rústico. Se supone que la fuente se halla á la derecha, á corta distancia de la escena.

ESCENA PRIMERA

Andreu. Carolina.

Los esposos entran paseando lentamente.—Trajes de mañana, de verano: el de ella muy elegante; viene con la sombrilla cerrada; él viste con decencia, pero vulgarmente.—Al llegar al centro, páranse; inicia él la parada. Poco á poco, comenzado ya el diálogo, se van acercando al proscenio por el lado derecho.

ANDREU.—Digas tú lo que quieras, es preferible venir á principio de temporada.

CAROLINA.—Para aburrirse mejor...

ANDREU.—En cambio, podremos luego estar más tiempo en San Sebastián... ¿No tienes en ello tanto interés?... Y en segundo lugar, mientras menos bultos...

CAROLINA.—¡Más claridad!... Á tí te estorba la gente. ¡Dichosos negocios!... Cada día te vuelves más insociable.

ANDREU.—Desde que me he persuadido de que el tiempo es oro, y que de cada cien hombres, uno, á lo sumo, nos es verdaderamente útil, ni me gusta perder el tiempo, ni tratar á más hombres que los que pueden servirme.

CAROLINA.—¡Buen criterio!

ANDREU.—El hombre es el enemigo natural del hombre, así como la mujer es su enemigo moral...

CAROLINA.—No sigamos... ¿Para qué...? ¡Si no hemos de convencernos mútuamente! Que haya mucha ó poca concurrencia, me tiene sin cuidado. Yo lo único que sé es que aquí he de pasarme quince mortales días...

ANDREU.—¡Quince días...!

CAROLINA.—¿Pues no has oido, grandísimo bobo, lo que en tus propias narices acaba de decirme el médico-director?

ANDREU.—¡Bah! Ya sabes lo que son estos doctores: en su deseo de favorecer á los propietarios del establecimiento y de las fondas, aconsejan á los enfermos más días que los estrictamente necesarios. ¡Total, para lo que tienes!...

CAROLINA.—Si pudiera cedértelo á tí...

ANDREU. (Con ironía.)—¡Gracias! ¡Tú siempre tan obsequiosa!... (Con sinceridad.) Una dispepsia de tres al cuarto no mata á nadie: bien claro te lo han dicho los seis ú ocho médicos que llevamos consultados.

CAROLINA.—¡Buenos están los médicos!...

ANDREU.—Eso mismo digo yo, que no me contradigo como tú. ¿Á qué viene ahora tomar tan al pie de la letra lo que te ha recomendado el de Aguas Fuertes?

CAROLINA.—Quien se contradice eres tú: resulta que al de aquí no debo de hacerle caso; pero debo de hacérselo á los que me han dicho que mi mal no vale nada...

ANDREU.—¡Escucha!...

CAROLINA. (Con viveza.)—¿Otra discusión? Te repito que todo me es igual: ¿puedo yo, personalmente, tener empeño ninguno en alargar mi

permanencia aquí? (¡Si á lo menos estuviera Federico!...)

(Pausa breve. Ella queda pensativa.)

ANDREU.—Supongo que no echarás en olvido mis recomendaciones...

CAROLINA. (Distraída.)—¿Cuáles?

ANDREU.—¿Ahora salimos con esas?... ¿No recuerdas lo que hablamos anoche, antes de acostarnos?

CAROLINA. (Mirando los trazos que hace en el suelo con la contera de la sombrilla.)—(Hoy le escribiré animándole... ¡Qué lástima que sea tan egoista mi marido!...)

ANDREU. (Un tanto impaciente.)—¿En qué piensas?

CAROLINA.—¿Qué decías?

ANDREU.—Que seas circunspecta...; que te conduzcas con seriedad...; que no seas humilde ni orgullosa...

CAROLINA.—(¡Tiene gracia!)

ANDREU.—Y que si nos encontramos con alguien que nos conozca de antiguo, le trates afectuosamente, sí, pero haciéndole comprender que los tiempos han cambiado, y, con los tiempos, nosotros. ¡No somos los primeros que han hecho una fortuna improvisada!

CAROLINA. (Mira al cielo, y como si viniese un rayo de sol por la parte alta de la izquierda, vuelve la espalda á dicho lado, abre la sombrilla y se la echa al hombro.)—Pues escucha ahora las mías: no alardees de rico, porque no lo eres; habla de todo y no siempre de negocios, según tu mala costumbre; no midas á las gentes por el dinero que tengan, sino por su talento, y más que nada, por su educación social, y... (Suplicante, con cierta sorna.) ¡no seas ordinario!

ANDREU.—¡Ni tú galante!

CAROLINA.—¿Sabes lo que dices, Antonio?

ANDREU.—Sí, lo sé... Pero... ¡calla!... alguien se aproxima... Muéstrate indiferente.

CAROLINA. (Vuelve rápidamente la cabeza y ve al Marqués, que, sin fijarse en ellos, pone un pie en el banco para sacudirse el polvo de la bota.—Bajo, al oido de Andreu:) —Parece el Marqués que conocimos en Pozo Amargo hace tres años...

ANDREU.—(¡Un ricachón que aborrece los negocios!)

ESCENA II

Dichos. El Marqués.

El Marqués, bien vestido, sacude el polvo de ambas botas, guardándose luego el pañuelo en el bolsillo interior de la americana. Al echar á andar, de izquierda á derecha, muéstrase sorprendido de ver al matrimonio; vacila, los reconoce, y se dirige á ellos con aire jovial. Saluda sin quitarse el sombrero; alarga ambas manos para tomar á un tiempo las de los esposos.

EL MARQUÉS.—¡No les había conocido á ustedes!... ¿Qué tal? ¿Cómo va?...

CAROLINA. / ANDREU.. (Al mismo tiempo.) —Bien, muchas gracias, ¿y usted? / —Bien, ¿y usted?

EL MARQUÉS.—Así así...

ANDREU.—¿Sigue usted tan aprensivo?

EL MARQUÉS.—El serlo, más bien conviene que perjudica... Pero, hablando de otra cosa: (Á ella:) la encuentro á usted... (Como queriendo adularla.) elegantísima...

CAROLINA.—¡Usted siempre tan amable!... (Cierra la sombrilla.)

EL MARQUÉS. (Á Andreu:)—Y usted, con esa patilla... también está... (Con sorna.) ¡elegantísimo!... (Mírale con aire de falsa adulación y, sonriéndole, le da un golpecito en un hombro.) ¡Parece usted un banquero!

ANDREU. (Algo molesto, pero tratando de disimular.) —No soy banquero precisamente; sin embargo, mi firma allá se irá en importancia con las de algunos que tal se llaman.

EL MARQUÉS.—¡Enhorabuena!... (Á ella:) ¿Y qué tal le probaron las aguas de Pozo Amargo?

CAROLINA. (Haciéndose la interesante, y mirándole con cierta coquetería.)—Me he defendido algún tiempo... poco... Llevo ya muchos meses pasando malos ratos...

EL MARQUÉS.—Una mujer como usted es digna de mejor suerte.

CAROLINA.—Muchas gracias. ¿Y usted, ha vuelto por Pozo Amargo?

EL MARQUÉS.—He preferido Vichy...

ANDREU. (Dándose tono moderadamente.)—Ahí quise yo llevar á Carolina el verano pasado, después de nuestra estancia en Bruselas; pero la estación estaba muy avanzada, me urgía un negocio en Londres, y no pudo ser...

CAROLINA. (Con viveza.)—Y yo me alegré: porque entre Londres y un balneario, aunque se llame Vichy..., ¡ay, Londres de mi alma!... Pero resulta tristón su cielo; aquello es vivir en las tinieblas... ¡Cuánto más bonito París!... ¡Qué calles, qué palacios, qué monumentos!... ¡Pues y Viena?...

EL MARQUÉS.—(Esta gente ha prosperado, y tiene prisa en decírmelo.) ¿Y cuándo han llegado ustedes?

Carolina.—Anoche, en el correo.

El Marqués.—¿Á qué fonda han ido?

Andreu.—Estamos en el Hotel Imperial; me han asegurado que es el mejor... Cuarto número siete, tiene usted el suyo. (Leve cortesía del Marqués.)

Carolina. (Con viveza.)—Es algo reducido para dos personas, por más que sea de los que tienen dos camas; pero nos ha dicho el fondista que pasado mañana quedará desocupado el ocho, y entonces tendremos cada uno el nuestro, como en Madrid...

El Marqués.—El siete y el ocho... ¿se comunican interiormente?

Carolina.—Sí señor; hay una puerta; pero falta saber si nos darán el ocho...

Andreu.—¡Como son tantos los compromisos...!

(Breve pausa. El Marqués queda algo pensativo.)

El Marqués.—Pues si llegaron ustedes anoche y están en el Imperial, ¿cómo no les ví en el comedor?

Carolina.—Veníamos muy cansados, y perdidos de polvo: primero que nos lavamos, cambiamos de traje..., eran ya muy cerca de las diez: así que preferimos comer en la habitación.

El Marqués. (Muy jovial.)—¡Bien, matrimonio, bien! (Á Andreu:) ¿Y los negocios? ¡Viento en popa, por supuesto?...

Andreu. (Con mal disimulada ufanía.)—¡Viento en popa; sí señor! En estos dos últimos años he ganado... unos sesenta mil pesos. La remolacha; dos saltos de agua magníficos, y, sobre todo, una mina que es... ¡una verdadera mina! (¡Si creerá éste que nadie más que él tiene dinero!)

El Marqués.—Repito la enhorabuena; celebro muy cordialmente la prosperidad de ustedes.

Carolina.—Muchas gracias.

Andreu.—¿Y usted continúa tan refractario á los negocios?...

El Marqués.—¡Genio y figura!...

Andreu.—(¡Qué lástima!)

El Marqués.—¿No se sientan ustedes?

Andreu. (Sacando el reloj.)—Debe de ser tarde.

Carolina. (Mirando el suyo.)—Las once en punto... Vamos, Antonio; que ya es hora de que pruebe el agua... Con permiso de usted, Marqués... (Inicia un movimiento de retirada.)

El Marqués. (Tendiendo ambas manos, que ellos toman.)—Matrimonio, muchísimo gusto en haber visto á ustedes... ¿Volverán al jardín?

Carolina.—Sí, sí; hasta ahora...

Andreu.—Hasta ahora...

El Marqués.—Que aproveche... (Suelta las manos; hace una cortesía un tanto irónica, y se quita el sombrero. Andreu corresponde. El matrimonio vase por la derecha.)

Carolina. (Al oido de Andreu.)—¡Se ha quitado el sombrero! Es un hombre muy fino...

Andreu.—(¡Lástima que no tenga afición á los negocios!)

(Desaparecen. El Marqués quédase mirándolos un momento.)

ESCENA III

El Marqués.

¡Pero qué cambiados están!... Ella vale doble. ¡Lo que puede una modista parisiense!... Porque no cabe duda que lo que lleva puesto está

hecho en París... ¡Y vaya un modo de recogerse la falda!... Pero, sobre todo, ¡qué detalles!... Bonito reloj, linda cadena, monísimos dijes, preciosa sombrilla!... ¡Y qué cuerpo!... ¡Si yo tuviera veinte años menos!... ¡Estaría alrededor de los cuarenta!... ¡Vale más no pensar en estas cosas!... Él, aunque ha mejorado en todo, sigue pareciéndome cursi, y no muy limpio...

(Saca del bolsillo de la derecha otro pañuelo, de distinto color que el que usó para las botas, y se sacude el polvo que presume tener en los hombros y en las solapas. En esta tarea le sorprende Luis Picazo, que entra por la derecha.)

ESCENA IV

El Marqués. Picazo.

Picazo viste elegante traje de mañana.

Picazo. (Dándole, sonriente, una palmadita en un hombro.)—¡Dichoso usted!...

El Marqués. (Complacido; abrazándole.)—¡Qué más quisiera yo que ser dichoso!... Se lo he dicho otras veces: á mis años no puede haber dicha cabal. ¡Quién tuviera los de usted!...

Picazo.—Usted, dándoselas siempre de viejo, gastado, «jubilado»... Pero ya ha conseguido usted relacionarse con esa ninfa que acabo de ver pasar... ¡La verdad!...: ¿son casados?

El Marqués.—¡No sea usted malicioso!... Son casados; me consta.

Picazo.—Puesto que usted lo afirma, desecharé toda duda; ¡pero qué contraste, querido Marqués!... Él me ha parecido el arquetipo de la humanidad vulgar; ella..., ella una «cocotte» muy gentil y distinguida.

El Marqués.—Al fin, poeta, para que deje

usted de ser un temerario: ni él es tan vulgar como usted supone, ni ella la... que usted se ha imaginado.

PICAZO.—¡Más vale así!

EL MARQUÉS.—Sabía muy poco de ese matrimonio; hoy he adquirido datos nuevos, y él y ella han ganado bastante en mi opinión...

PICAZO. (Invitándole á ir al banco.)—¿Vamos á sentarnos?... Cuénteme usted...

EL MARQUÉS.—Vamos. (Vanse hacia el banco. Antes de sentarse lo sacude con el pañuelo de las botas. Le da la derecha á Picazo.)

PICAZO. (Sentándose.)—Gracias.

EL MARQUÉS. (Sentándose.)—El noventa y siete, los conocí en Pozo Amargo. Ella es cubana, volvió de unos doce años á la Península, huérfana de padre y madre, que eran españoles. Se llama Carolina. (Pausa breve.) Durante los primeros días de estancia en Pozo Amargo, no se les vió apenas por ninguna parte; se hospedaban en una fonda de tercer orden; vestían con gran modestia... Pero en ella se veía siempre á la mujer hermosa, aunque no estaba tan lucida como ahora... ¡Tal vez el padecimiento...!

PICAZO.—Perdone usted: ¿qué padece?

EL MARQUÉS.—Una dispepsia complicada con no sé qué más... Entonces estaba pálida, muy ojerosa, y melancólica de cuando en cuando. Él, indiferente, con ese gesto de displicencia propio de los que tienen embotada la sensibilidad... (Pausa breve.) Llevaban cinco ó seis días de aguas, cuando tuve la suerte de tratarlos. De lo que entonces hablamos, saqué en limpio...

PICAZO. (Dando señales de oir con gran interés.)—¡Vamos á ver!...

El Marqués.—Que él había estado en Cuba treinta años, empleado en una casa de comercio que liquidó el noventa y cinco, al comenzar la guerra. Retornó entonces á España con algunos ahorros, y se estableció en Valencia, de comisionista-viajante de una casa alemana importadora de máquinas... Tuvo tentaciones de volverse á Cuba; pero sus frecuentes correrías por el extranjero, y, sobre todo, el haber visto nuevamente á Carolina, á cuyos padres había tratado mucho en la Habana, le disuadieron de aquellas tentaciones. Y se casó el noventa y seis, creo que á fines de año.

Picazo.—¿De modo que cuando usted los conoció estaban en la luna de miel, ó poco menos?

El Marqués.—Justamente, aunque no lo demostraban. En el semblante de ella se traslucía algo así como hastío, que pretendía disimular con una vaga sonrisa... Siempre llevaba en la mano algún libro de versos sentimentales...

Picazo.—¿Y viven en Madrid, ó en Valencia?

El Marqués.—Por lo que acabo de oirles, deben vivir en Madrid.

Picazo.—Pues yo no recuerdo haberlos visto...

El Marqués.—Ni yo. Se conoce que llevan poco tiempo; además, han viajado bastante por el extranjero...

Picazo.—¡Ah, vamos!...

El Marqués.—Él, conmigo, lo poco que hablaba era siempre de negocios. Con cierta astucia, pretendía atraerme para que yo asociase mi dinero á su «talento práctico», como él dice... ¡Quizás me hubiera ido á maravilla!... Si

es cierto lo que acaba de decirme, en los dos últimos años ha ganado unos sesenta mil duros...

PICAZO.—¡Ésas son palabras mayores!...

EL MARQUÉS.—Nada tendría de particular: yo los encuentro otros; ella va bien alhajada; se hospedan en el Imperial... Y, á propósito, le voy á proteger á usted, y esto le probará que soy un perfecto «jubilado»: están en el cuarto número siete; el ocho queda vacante pasado mañana: el siete y el ocho se comunican... ¡No le digo á usted más!...

PICAZO. (Con aire de resolución, se pone de pie; muestra alegría.)—¡Voy ahora mismo á la Administración á solicitar el ocho!

EL MARQUÉS.—Espérese un momento; no sea tan impaciente: se han despedido «hasta ahora»: no tardarán en llegar... Mírelos; ahí vienen... Le presentaré á usted... (Siéntase Picazo.—De prisa y casi al oido.) Se me olvidó decirle que ella en Pozo Amargo se entendía con un poeta valenciano: ¡no deje usted mal puesto el pabellón de Apolo!

ESCENA V

Dichos. Andreu. Carolina y **Antúnez** (á lo último, que no hace más que pasar de largo).

Andreu y Carolina vuelven de la fuente; el Marqués se levanta, yendo á su encuentro.

EL MARQUÉS. (Á ella:)—¿Qué tal el agua?

CAROLINA. (Haciendo un gesto gracioso.)— Sabe así... como á huevos podridos. (Repite el gesto y mira á Picazo, el cual la mira con persistencia.)

El Marqués. (Á él.)—¿Y usted, la ha probado?

Andreu.—¡Líbreme Dios!

El Marqués. (Á ella:)—Pues váyase usted consolando: porque el buen método exige tomar de cinco á siete vasos cada día...

Picazo. (Levantándose.)—(¡El siete!... ¡Voy á pedir el ocho!) (Agítase como si fuese á partir; pero vacila.)

El Marqués. (Que nota el movimiento de Picazo.) —No se vaya usted, poeta: venga usted acá; que este matrimonio tendrá mucho gusto en conocerle. (Se acerca Picazo, sombrero en mano, haciendo una ceremoniosa cortesía.—Presentando:) El señor Picazo, poeta, poeta y... poeta.

Picazo. (Inclinando la cabeza.)—Tanto gusto... (El matrimonio corresponde: Andreu, con frialdad; Carolina, complacida.)

El Marqués.—Don Antonio Andreu y su señora. (Nuevas cortesías.)

Carolina.—Le he leído á usted algunas veces: ¿no es usted Luis de nombre?

Picazo.—Para servir á usted.

(El Marqués evoluciona de modo que se sitúa al lado de Andreu; Picazo junto á Carolina; y ambos grupos á un metro de distancia.)

Andreu. (Al Marqués, bajo:)—¡Pues ya tienen para rato! Está chiflada con la poesía, las novelas y la música italiana... ¡Y quiere tener salud!...

Carolina. (Á Picazo:)—¡Qué preciosidad, la novela de usted titulada «¡Te perdono!».

Picazo.—(¡Bueno es saberlo!) Muchas gracias; pero hay otras mil preciosidades mayores, sobre todo una: (Bajo, mirándola con pasión.) ¡usted!

Andreu.—Entre una mina y una musa, ¿no es preferible la mina?

El Marqués.—¡Según!

Carolina.—¡Es usted muy galante!... ¡Demasiado!... (Subrayando la palabra.)

El Marqués.—Si la mina fuese como la que aquí tenemos... Imagínese usted que desde allí... (Señalando hacia el fondo, por la izquierda; avanza, y se lleva del brazo á Andreu.) arrancara un ferrocarril que fuese lazo de unión entre esta comarca...

(Deja de oirsele; sigue explicándole las condiciones del terreno, y al cabo de un corto rato, desaparecen ambos.)

Picazo.—Sentiría que la ofendiese lo que usted califica de galantería: con usted no puede haberla, sino justicia. En un momento he oído muchas y grandes alabanzas de usted. Ha dicho un amigo mío: «Safo está enferma: ¡bendito sea el balneario de Aguas Fuertes, que nos concede la gloria de contemplar á Safo!»

Carolina.—Agradezco la intención, aunque con reservas: no me gusta ese nombre: Safo, la protagonista del libro de Daudet, no tiene nada de honrada; y si es la otra... ¡peor!

Picazo.—Safo es también una musa, la décima, como usted sabrá seguramente. (Ella hace un signo de asentimiento.) Por lo demás, acaba usted de plantear una cuestión que en este momento no podemos discutir: nos llevaría muy lejos... (Mira, y observa que el Marqués y Andreu han desaparecido.) Sin embargo, permítame usted una pregunta: ¿fué usted del todo sincera al elogiarme mi novela «¡Te perdono!»?

Carolina.—Sí señor. Usted hace lo posible por disculpar á la esposa pecadora; mientras que Flaubert, aunque la disculpa en cierto modo, la expone á la execración del mundo; así resulta que casi todos los que hablan de madama Bovary, dicen: «¡Qué mujer tan mala!»; mientras

que los que hablan de la señora de López, tan magistralmente creada por usted, suelen decir: «¡Infeliz!; después de todo, hace bien en fugarse con su amante»...

Picazo.—(¡Á ésta la conquisto yo!)

Carolina.—Bovary perdona la infidelidad, porque estaba ciegamente enamorado; López la perdona, porque es un calculador... La heroina de Flaubert se envenena y muere; la de usted sigue viviendo, para disfrutar en el amor ilegítimo lo que el legítimo no supo... ó no pudo brindarle...

Picazo.—Eso de legítimo é ilegítimo, según la fórmula convencional de la sociedad hipócrita en que vivimos... Á bien que usted, que ha penetrado en la entraña de mi pobre novelilla, sabrá á qué atenerse respecto de lo que pienso del significado de ambas palabras...

Carolina.—Déjese usted la melena; es usted un romántico...

Picazo.—¡Yo romántico!...

Carolina.—No sólo lo deduzco de lo que usted me dice, sino de sus obras...

Picazo.—La poesía, se interpreta según la edad y las circunstancias del lector. Supongámosle de diez y ocho á veinticinco años; enamorado por primera vez; es un espejo de fidelidad, y ella coqueta; él vive triste, y llora apaciblemente su desgracia, sin dejar de amar un solo día: para este enamorado, el mejor poeta es... *¡Bécquer!* Supongámosle ahora de veinticinco á treinta y cinco años; la pasión es exaltada; ella le ama y le es fiel como una sierva; él duda; se desengaña á sí mismo sin razón; apetece, más que el espíritu, la posesión material; desprecia, y á la vez idolatra; para este

enamorado, el mejor poeta es... *¡Espronceda!* Y supongámosle, finalmente, de más de treinta y cinco años, y conocedor del mundo; Bécquer le parece tierno, delicadísimo, todo piedad, pero de escaso vuelo y pueril; Espronceda, arrebatado y escéptico, vuela más de lo justo; traspone los límites de la vida real: para este enamorado, enamorado en frío, el mejor poeta es... *¡Campoamor!...* (Con viveza.) —¡Usted está en Espronceda!

CAROLINA. (Con viveza.)—Pues aunque usted lo jure, usted no ha llegado á Campoamor.

PICAZO (Con viveza.)—Ni á Espronceda ni á Bécquer: soy ecléctico; participo de los tres...

CAROLINA.—¡Es ese demasiado bagaje!... No es extraño por lo tanto... (Sonriendo.) que tenga usted que caer... del lado del romanticismo... (Acentúa la sonrisa, con estudiada coquetería.)

PICAZO. (Algo confundido.)—Veo que sabe usted mucho...

CAROLINA.—Sentiría que me tomase usted por bachillera...

PICAZO.—Tiene usted agudo ingenio, cultura literaria, y... ¡la belleza de las diosas griegas!...

CAROLINA.—Y usted es hombre de buen humor. Más vale así. No me gustan los misántropos... (El Marqués y Andreu vuelven á escena; nótalo en el acto Carolina, y hace un signo de inteligencia á Picazo, el cual corresponde con otro.—Reponiéndose.) No estoy conforme; ese no es el verdadero concepto de la poesía...

ANDREU. (Al Marqués; dándose por enterado: está ya á corta distancia de Carolina:)—¿No se lo decía á usted? ¡Con la dichosa poesía ya tienen para rato! (Á ella, acercándose:) Carolina, con permiso de este señor, creo que debes tomar ya el segundo

vaso de agua, si hemos de almorzar á las doce.

Carolina.—Tienes razón. ¿Vamos?

Picazo. (Mirando el reloj.)—Yo voy también; es mi hora.

El Marqués.—Pues vayan ustedes...

(Pasa Antúnez de largo, de derecha á izquierda; dirige una sonrisa de inteligencia al Marqués, á guisa de saludo, y al matrimonio le quita el sombrero. Ellos corresponden.)

Andreu. (Al Marqués; bajo y con visible curiosidad:) —¿Le conoce usted? (Aludiendo á Antúnez.)

(Picazo y Carolina están un poco distanciados, por efecto de haber iniciado la marcha hacia la fuente, ó sea hacia la derecha.)

El Marqués.—¡Quién no le conoce en Madrid?... Es Daniel Antúnez.

Andreu.—¡Antúnez?

El Marqués.—Primo carnal de Don Francisco, exministro, expresidente del Consejo de Estado y del Banco de España. (Á los tres:) ¿Pero no iban ustedes á tomar el agua?

Andreu. (Á Picazo y á Carolina:)—Vayan ustedes; desde aquí les veremos el Marqués y yo...

Carolina.—¿Usted no toma agua, Marqués?

El Marqués.—Como soy madrugador, he tomado ya todos los vasos de la mañana.

Carolina. (Haciendo una leve inclinación.)—Pues entonces, hasta ahora...

Picazo. (Haciéndosela á Andreu.)—Hasta ahora, señores.

(Picazo da la derecha á Carolina; ésta echa á andar lentamente, con el vestido ceñidísimo. Desaparecen. El Marqués los ve ir con complacencia; Andreu les vuelve la espalda.)

ESCENA VI

El Marqués. Andreu.

Andreu.—¿Y ese don Daniel, qué es?

El Marqués. (Sacando el pañuelo de las botas y dirigiéndose al banco, que sacude.)—Abogado. (Se sienta. Andreu sigue de pie.)—El parentesco le proporciona buenos negocios... Y acaban de nombrarle senador vitalicio...

Andreu.—¡Tan joven!

El Marqués.—Cuarenta y dos ó cuarenta y cuatro... Ese es el privilegio de los que tienen suerte... (¡y parientes!)

Andreu.—¡Don Francisco debe de ser un pez!...

El Marqués.—Un tiburón... ¡Uno de los sostenes de la Monarquía!...

Andreu.—¡Poco que se hablaba de él en Cuba, cuando era ministro de Ultramar. ¿Y se llevan bien los primos?

El Marqués.—Como si fueran hermanos. Don Francisco no los tiene; hijos, tampoco: todos los afectos de familia los ha cifrado en Daniel.

Andreu.—Es simpático; celebraría tratarle...

El Marqués.—Le presentaré á usted; es un excelente amigo... (que las mata callando).

Andreu.—Gracias. ¿Y ese pollo poeta?

El Marqués.—¡Oh!... Ese es un cerebral; un escritor modernista de brillantes facultades.

Andreu.—Va bien vestido... ¡Tendrá dinero!...

El Marqués. (Levantándose.)—Los padres lo pasan bien; pero carecen de fortuna...

Andreu.—¿Y mantienen al hijo? ¡Porque la literatura no sé yo que dé resultados prácticos!...

El Marqués.—Mal oficio es, ciertamente.

Andreu.—Mañana se le muere el padre...

El Marqués.—Y no podrá divertirse tanto como ahora; pero no sucumbirá.

Andreu.—¿Tiene carrera?

El Marqués.—¡La de las letras!

Andreu.—¡Qué lástima de muchacho!

El Marqués.—Usted tampoco tiene carrera universitaria, y se ha hecho rico.

Andreu.—¡Es verdad! ¡Pero usted sabe lo que yo he luchado por la vida; lo que yo he trabajado? No es lo mismo calcular negocios y aventurarse en ellos, que escribir una novela. ¡Así está España!... Donde no existe actividad y energía para los negocios, no puede haber potencia nacional. Á este país le comparo yo con mi mujer: sabe literatura y tocar el piano; es soñadora, enfermiza y caprichosa... Y una santa, ¡eso sí!... ¡Sólo que no sirve para nada práctico!...

El Marqués.—¡Hombre!, tiene que haber de todo en el mundo...

Andreu.—Desengáñese usted; lo llevamos en la masa de la sangre, ¡y cuidado que yo soy de los que menos pueden quejarse! Mi padre era catalán, amante del trabajo; mi madre gallega muy económica. Con todo, si yo no hubiera emigrado y padecido miles de vicisitudes; si no hubiera visto por mis propios ojos cómo tejen en el extranjero la tela del progreso, sería probablemente uno de tantos. En fin, ¿qué más?—Y usted hará el favor de dispensarme. (Signo de asentimiento del Marqués.)—Usted tiene algunos mi-

les de renta, y se conforma con cobrar el cupón cada tres meses.

El Marqués.—Amigo, cada uno ve las cosas á su modo: yo no tengo herederos ni soy ambicioso...

Andreu.—(¡Es sensible!) Créame usted: sin ambición no se va á ninguna parte: el político, el militar, el literato, el rentista... todos la necesitan. El país que cuente con más ambiciosos, cada cual en su línea, será el más feliz de todos...

El Marqués.—Insisto en que cada uno tiene su modo de ver las cosas. Y ahora yo á mi vez le pido que me dispense: ¿cómo usted, tan práctico y que tan pobre idea tiene de nuestra raza, se ha casado con Carolina?

Andreu.—¡Ya esto pertenece al orden de los afectos! Volví á verla cuando sentía yo con más intensidad que nunca la nostalgia de los trópicos; parecióme que en ella se compendiaba Cuba, aquel edén, donde me he pasado desde los quince hasta los cuarenta y cinco años, trabajando, y sin que nunca se me ocurriera casarme. La diferencia de edades, y más que nada de caracteres, me atraía irresistiblemente. Veía yo en Carolina mi complemento perfecto: yo aspiraba á asimilarme sus cualidades y que ella se asimilara las mías... ¡Ambos nos hemos equivocado!... Mas aparte lo dicho, ¡me impresionaba tanto su belleza!... Hasta en esto contrastábamos, que siempre pasé por feo!...

El Marqués.—Eso hace más meritorio su triunfo. ¿Verdad, Carolina? (Dirigiéndose á ella que, acompañada de Picazo, vuelve de la fuente.)

ESCENA VII

Dichos. Carolina. Picazo.

CAROLINA.—¿Verdad, qué?

EL MARQUÉS.—Que el agua no le ha sabido ahora tan mal como antes.

CAROLINA.—Lo mismo. (Haciendo un gesto gracioso.)

ANDREU.—Ya te irás acostumbrando: ¡deja que lleves bebidos veinte vasos!...

PICAZO.—Eso le he dicho yo: los primeros no suelen ser agradables; pero después... Conque... (Despidiéndose.) tanto gusto...

CAROLINA. (Dándole la mano complacida.)—Usted lo pase bien, señor poeta.

PICAZO.—Señor Andreu, á sus órdenes. (Se dan la mano con indiferencia.)

ANDREU.—Adiós, señor Picazo.

PICAZO.—¿Marqués...?

EL MARQUÉS.—Me voy con usted. (Á los esposos:)—Matrimonio, hasta luego.

ANDREU.—Usted lo pase bien.

CAROLINA.—Hasta luego, Marqués.

(Vanse el Marqués y Picazo por la izquierda.)

PICAZO. (Al oido del Marqués.)—¡Voy por el ocho!

EL MARQUÉS.—Le acompaño á usted. (Desaparecen.)

ESCENA VIII

Andreu. Carolina.

ANDREU.—Sentémonos. (Se dirige al banco.) Hagamos aquí tiempo hasta la hora de almor-

zar. (Siéntanse ambos.) Recuérdame que luego á la tarde vayamos á la Administración á pedir el cuarto número ocho...

CAROLINA. (Distraída.)—¡Ah, es verdad!...

ANDREU.—¿Y qué te ha parecido ese muchacho?

CAROLINA.—Simpático, listo y bien educado.

ANDREU.—Pues ahí donde le ves, con aspecto de hombre rico, no tiene dos reales ni de quién heredarlos.

CAROLINA.—¡Y dejará por eso de ser bien educado, simpático y listo?

ANDREU.—De su listeza, no hablemos: listeza que no produce, no lo es.

CAROLINA.—¡Cualquiera diría que tú á su edad eras un capitalista!...

ANDREU.—Pero trabajaba. El trabajo honra.

CAROLINA.—También éste trabaja: ¿ó es que tú le has escrito los libros que lleva publicados?

ANDREU.—¡Vaya un trabajo!... ¡Si querrás tú comparar...!

CAROLINA.—Un poeta con un mozo de cordel: ¡claro que no!

ANDREU.—¿Acaso he sido yo mozo de cordel?...

CAROLINA.—Es que para tí el trabajo mental no vale nada...

ANDREU.—¡Bueno; no sigamos! Escucha otra cosa: ¿sabes quién es ese señor que vino en el mismo coche que nosotros..., que traía billete de libre circulación y no desplegó los labios?...

CAROLINA. (Con resolución.)—Un senador vitalicio que ha permanecido con la boca cerrada durante los quince años que lleva de representante del país.

Andreu.—¿Quién te ha dicho semejante disparate? ¡Es abogado!

Carolina.—Y los pocos asuntos que tiene, se los despacha el pasante.

Andreu.—¿Pero quién puede haberte dicho tales cosas? ¡Habrá sido ese poeta!...

Carolina.—Te equivocas. Á Daniel Antúnez le conozco de Madrid; ha dado en la gracia de seguirme, y mira hasta dónde lleva su frescura, que aquí le tienes... (¡Si no fueras tan cobarde!...)

Andreu.—¿Y cómo hasta ahora no me has dicho nada?

Carolina.—En Madrid, ¿para qué? Durante el viaje, no me pareció prudente. Ahora, ahora es el momento...

Andreu.—Bien...; mira...; tú no te des por enterada de que te haya seguido...

Carolina.—¡Imposible!... Dos veces me atajó en la calle de Villanueva; las dos me habló, y yo en ambas ocasiones le despedí con cajas destempladas.

Andreu.—(¡Es una contrariedad!) Hiciste perfectamente. Sin embargo, como él no puede imaginarse que yo lo sepa, tú figúrate por un momento que nada me has dicho todavía... El Marqués me va á presentar á él... La amistad de ese señor puede servirnos de mucho... (Suplicante.) ¡Tú no sabes los beneficios que podría aportarnos la amistad de ese señor!...

Carolina.—(¡Qué marido!)

Andreu.—Tú, á tu misión, á tu papel: fina, grata... ¿Vas por ello á arriesgar ninguna cosa?...

Carolina.—Ya sé que nó.

Andreu.—¡Pues entonces!... Lo dicho, ¿eh? ¡No te hagas antipática!... ¡Si se puede ser amable sin peligro!...

CAROLINA. (Levantándose bruscamente con gesto de indignación.)—¡Vámonos! (¡Cuánta razón tiene Federico!) (Toma por la izquierda; el marido la sigue con calma. Desaparece.)

ANDREU.—(¡Qué desgracia!... ¡Carece por completo de sentido práctico!) (Desaparece.)

SEGUNDA PARTE

Campo. Hacia el fondo, en el lado derecho, un gran peñasco. Supónese que el campo está atravesado por un caminito que une el balneario de Aguas Fuertes con la ermita del Amparo.

ESCENA PRIMERA

Picazo.

Acecha el paso de Carolina, detrás del peñasco; asoma el cuerpo de vez en cuando, y constantemente la cabeza. Viste otro traje, elegante.

(Mirando el reloj.)—Las tres y media... Ya no tardará... A esta hora me dijo que iría, sola, á la ermita del Amparo... ¡Y cómo lo dijo!... Ó sus palabras fueron una burla, ó una cita... Más me inclino á creer lo segundo... No puede negarse que se porta bien. Hace diez días que la conozco, y ni uno solo ha dejado de darme una muestra elocuente de aprecio... más que de aprecio: de amor... ¡Qué hábil estuvo anoche cuando nos sentamos en torno del veladorcito para tomar el te!... Se puso á mi izquierda; frente á ella, Antúnez; entre Antúnez y ella, Andreu; y entre Antúnez y yo, el Marqués... Yo estaba emocionado, ella tanto ó más que yo...

¡Qué audaces son las mujeres!... Dijérase que tiene especialísimo empeño en demostrarme que Antúnez le es de todo punto indiferente... Y sin embargo, no todo me lo explico, á menos que ella sea la mujer más cínica de la tierra... Antúnez entra en el cuarto del matrimonio..., siempre á ruegos de Andreu, dicho sea en honor de la verdad... Antúnez la asedia, ¿quién lo duda?... Me ganó por la mano quedándose con el cuarto número ocho: cuando yo fuí á pedirlo, ya hacía más de tres horas que él lo había solicitado y obtenido... Andreu sale diariamente á eso de las siete y media de la mañana, y no vuelve hasta las diez lo menos... Á esas horas, á Carolina no se la ha visto nunca fuera de su cuarto... ni al Senador fuera del suyo... ¿Por qué no han de verse á solas por las mañanas?... Las coqueterías de ella conmigo, no serán un ardid? ¡Y qué temperamento el del marido!... ¡Qué filosofía la suya, tan apacible..., tan asnal!... Todo le tiene absolutamente sin cuidado... menos yo, que parece que le preocupo un poco... No acabo de explicarme á Carolina; al marido me lo explico mejor. (Pausa. Mira hacia la derecha, y se emociona.) ¡Viene!... Ya está ahí, con su paso de mujer gallarda... (Se esconde, dejando un poco de la cabeza fuera.) ¡Me tiembla el corazón cuando la veo!... ¡Esta cita no sé cómo pagársela... ¡No; no es posible que Antúnez...! (Escóndese totalmente.)

ESCENA II

Picazo. Carolina.

Carolina llega por la derecha, en traje de tarde muy elegante; trae la sombrilla abierta; en el pecho unas flores.

PICAZO. (Asomando la cabeza.)—¡Carolina?

CAROLINA. (Con emoción; como sorprendida.)—¡Ah!

PICAZO. (Saliendo de detrás del peñasco.)—¡Soy yo; no se asuste usted!

CAROLINA. (Muy emocionada; trata de reponerse de lo que ella quiere que parezca susto, siendo así que es emoción amorosa.)—¡Cómo usted por aquí? ¿Dónde estaba usted?

PICAZO.—Esperándola... escondido detrás de ese peñasco... ¿Para qué me dijo usted esta mañana que iba á ir, sola, á la ermita del Amparo?... ¿Y puede extrañarle á usted que haya salido al camino!... ¡Ah, Carolina! Después de lo de anoche, lo natural, lo lógico es... que usted me supusiera acechando su paso hacia el Amparo...

CAROLINA.—Picazo, ¡por Dios!, ¿qué pretende usted de mí?

PICAZO.—¡Piedad tan sólo!... Que mitigue usted mis sufrimientos!...

CAROLINA.—Yo también sufro!...

PICAZO.—¡Bendita boca!... Van pasados diez días, ¡diez!, que me parecen un siglo... (Con pasión creciente.) Creo que la conozco de siempre; creo que es usted la única mujer con quien yo he soñado; la única que me hace delirar... ¡Carolina!... (En tono contundente.) ¡usted me ha trastornado!

Carolina. (Emocionada.)—(¡Y usted á mí!)

Picazo.—¡No puedo más!... ¡Voy á volverme loco!... (Intenta tomarla por el talle.)

Carolina. (Desviándose un poco.)—¡Picazo, por Dios!...

Picazo. (Exaltado.)—No voy á volverme loco... ¡lo estoy ya! (Ella le mira amorosa.) Me enloquece usted con sus miradas, que irradian una luz que me deslumbra; me enloquece usted con la melodía incomparable de su voz, más celestial que la de los ángeles del cielo; me enloquece usted con sus vacilaciones, con sus atrevimientos, con sus audacias...

Carolina. (Suplicante.)—Cálmese, Picazo; si no, creeré que está usted loco de veras, y tendré que huir de usted...

Picazo.—Huir... ¡conmigo!, es lo que debiera hacer usted. Seríamos felices, muy felices, como la protagonista de mi novela «¡Te perdono!»... ¡También usted sería perdonada!

Carolina.—No me ponga usted ejemplos literarios; vivimos la vida real, á la cual debemos atenernos. Yo para usted soy un imposible: ¿no ve usted que soy casada?

Picazo.—¡Y qué!... ¿Puedo yo, por poderosa que sea mi voluntad, contrarrestar los impulsos de mi corazón... ni usted los del suyo, si es verdad que me ama?

Carolina.—Usted es hombre de mundo, conocedor de las flaquezas femeninas; y usted, seguramente, estará persuadido de que, con su talento, su palabra caldeada, su figura distinguida, su magia para ganar voluntades,... ha sabido interesarme...

Picazo.—(¡Ya es mía!)

Carolina.—¡Es verdad!... Le amo á usted.

Pero conozco mis deberes, y no puedo faltar á ellos...

PICAZO. (Con desconsuelo.)—¡Usted no me ama; usted me ha engañado!... ¿Y la escena de anoche?...

CAROLINA. (Un tanto acongojada y sollozante.)—¡Yo también estoy loca! ¡Perdóneme usted!... Desde que le conozco, no sé lo que hago ni lo que digo... ¡Perdóneme!... Pero crea usted que si algún hombre me ha causado impresión vivísima é imborrable, ese hombre es usted!... ¡Cuánto sufro!... ¡Qué infeliz soy!... (Solloza.)

PICAZO.—«¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!», dijo Quintana. (Reponiéndose.) Carolina; yo soy ahora el que recomienda calma y reflexión; serénese... La amaba á usted mucho; desde este momento, la amo á usted infinitamente más...

CAROLINA.—¡Qué pensará usted de mí!... ¡Dios mío!... (Solloza de nuevo.) ¡qué se diría de mí, si esto se supiera!...

PICAZO.—Calma, Carolina, calma; yo se lo ruego: nada se sabrá. Y en prueba de que la quiero á usted sinceramente, óigame, Carolina, que, aunque loco por usted, sus lágrimas me han devuelto la cordura... (Carolina va poco á poco reponiéndose, pero con la mirada vaga, como si meditara.) Los bañistas se fijan en nosotros; sé que somos objeto de murmuraciones... Llevo veinte días en Aguas Fuertes, y mi presencia aquí no está ya justificada: habríame ido al duodécimo, si no hubiera venido usted...

CAROLINA. (Bastante repuesta.)—Todos los días está usted diciendo que se va... ¡Sí, será lo mejor, para usted y para mí!... Usted disimula poco; yo quizá menos que usted... Antonio sospecha: ¡evíteme usted disgustos!...

Picazo.—En cambio, nada sospecha de Antúnez...

Carolina.—¡Pero usted cree que Antúnez?...

Picazo.—Es un hombre como los demás...

Carolina.—Algo vulgar... algo simplón... algo fatuo... ¡Pero aunque fuese perfecto!... ¡Picazo, por Dios!... ¡Usted es el que no ama, cuando tan poco favor me hace!...

Picazo.—¡Carolina!... ¿quiere usted que me exalte otra vez? No ha sido mi ánimo ofenderla; pero permítame que le diga que, con estarle profundamente agradecido, tengo momentos en que me devora la melancolía. ¡Estoy loco por usted!

Carolina.—¡No me haga usted sufrir más! Soy honrada; quiero serlo á toda costa... El único hombre que me ha sugestionado, el único que me ha hecho vacilar, ha sido usted... Yo le ruego que me crea, sí; y ¡por Dios! separémonos ya, que se hace tarde.

Picazo.—¡Tan pronto!... Tenemos que tratar todavía muchas cosas...

Carolina. (Comenzando á dar señales de impaciencia.) —Antonio quedó en que vendría á esperarme en este recodo del camino... ¡Yo también demando piedad de usted!... ¡Déjeme ir!...

Picazo.—Sí; la dejaré: deseo sacrificarlo todo á su reputación y bienestar...

Carolina.—¡Gracias! Así es como se quiere de veras... (Inicia un movimiento.)

Picazo.—¡Un momento! Considere usted que, yéndome mañana por la mañana, tal vez no podamos hablar más en Aguas Fuertes. ¿Nos veremos en Madrid?

Carolina.—Usted ya sabe que tiene ofrecida la casa: Serrano, 18 duplicado, principal.

PICAZO.—¿Pero nos veremos solos?

CAROLINA.—Eso... lo dudo.

PICAZO.—¿Podremos escribirnos?

CAROLINA.—No, por mi parte.

PICAZO.—¿Y yo á usted?

CAROLINA.—¿Para qué?...

PICAZO.—Para anunciarle mis visitas; para... ¡lo que sea!... ¡Ya me tiene usted padeciendo de nuevo!... Hace cinco minutos, ternura, pasión, promesas; ahora, sequedad, esquivez, negativas... ¿Por qué así?... ¡No me maltrate usted!... Si yo quisiera escribirle, aunque usted no me conteste, ¿de qué medio he de valerme para mandarle las cartas?

CAROLINA.—(¡Acabará por rendirme!) Por conducto de Petra, mi doncella: tome usted mi nombre... Y déjeme ir, que puede vernos Antonio!...

PICAZO. (Lleno de gratitud.) —Gracias, Carolina, mi delirio... (Pasándole la mano por el talle.) La quiero á usted más que á mi vida, más que á nada del mundo... Ahora...

CAROLINA.—¡Me voy!...

PICAZO.—Un momento no más. ¡Una flor de esas que lleva usted en el pecho!...

CAROLINA. (Se la quita y se la entrega.)—Concedida. ¿Le gustan á usted las flores?

PICAZO.—¡Gracias! (Besándola y guardándola en el bolsillo interior de la americana.) —Me gustan muchísimo. Y mientras haya flores... ¡usted será la más bella!... (Vuelve á tomarla por el talle, y hace ademán de besarla.)

CAROLINA.—¡No; eso nó!...

PICAZO. (Con pasión mimosa.)—Sí, sí...

CAROLINA.—¡Mire usted que grito y echo á correr!...

Picazo.—¡Sea! No quiero contrariarla; pero al menos en la mano... (Le besa la derecha, con la cual empuña la sombrilla, que tiene echada sobre el hombro.

Carolina. (Desasiéndose.)—¡Estoy más loca que usted!... (Al desasirse vuelve la cabeza hacia la derecha; mira, y exclama:) ¡Ah! ¡Mi marido!... ¡Me lo daba el corazón!...

(Todo lo que sigue, con gran rapidez.)

Picazo. (Turbado.)—¿Qué hacemos? ¡Escondámonos ahí! (Señalando el peñasco.)

Carolina.—Ya no tiene remedio: ¡nos ha visto! Calma, disimulo... Diré que vuelvo de la ermita, y que nos hemos encontrado ahora...

Picazo.—¡Cuánto lo siento!... ¿Seguimos juntos?... ¡Viene Antúnez con él!...

Carolina.—Sigamos sin movernos, finjamos que, habiéndoles visto, les esperamos.

Picazo.—¿No sería mejor que esta noche huyésemos á Francia? ¡Irún está á un paso!

Carolina. (Bajo.)—No sea usted loco; todo se arreglará.

Picazo. (Bajo.)—¡Dios la bendiga á usted! (Mirándola con pasión.) La quiero á usted más que nunca!

Carolina.—(¡Qué hombre! ¡Hace que me olvide de Federico!...)

(Tratan de afectar indiferencia, para recibir con calma á Andreu y á Antúnez.)

ESCENA III

Dichos. Andreu. Antúnez.

Los recién llegados hacen una leve cortesía. Antúnez mira un tanto airado á Carolina; salúdala llevándose la mano al ala del sombrero.

Carolina. (Á los recién llegados:)—¡Qué hermosa tarde, eh? Á pesar del sol, no molesta el

calor: es un punto de temperatura, delicioso...

ANTÚNEZ.—Sí; muy buena tarde; ¡muy buena! (Subrayando la frase.)

PICAZO. (Comprendiendo la intención de Antúnez.) —Eso le decía yo á Carolina en este mismo momento.

ANDREU.—¿Y qué te ha parecido la ermita?

CAROLINA.—Preciosa. Y está más cerca de lo que yo creía...

PICAZO.—A un paso: medio kilómetro del balneario.

CAROLINA.—Y el camino es bonito, todo lleno de recodos y salpicado de peñas por todas partes...

ANDREU.—¿Vienes á ver la ermita otra vez?

CAROLINA.—Como quieras...

PICAZO. (Con viveza.)—Ahora iba yo...

ANDREU.—(¡Se va á venir con nosotros este tipo!)

ANTÚNEZ.—¡Está lejos! ¿Por qué no regresamos?

CAROLINA.—Lo que ustedes digan...

ANDREU.—Una fórmula conciliatoria. (Á Picazo:) ¿Usted no iba allá?

PICAZO.—Allá iba...

ANDREU.—Pues vámonos nosotros dos...

PICAZO.—(¿Querrá este hombre decirme alguna cosa?)

ANDREU.—Y puesto que Antúnez no tiene gana de andar, y que Carolina estará ya algo cansada, que nos esperen aquí...

ANTÚNEZ.—Me es igual. (Á Carolina:) Usted dirá.

CAROLINA.—Digo lo mismo.

ANDREU. (Invitando á Picazo.)—Bueno; pues vamos; y si tardamos un poco... (Á Carolina y An-

túnez:) váyanse ustedes hacia el balneario; nos reuniremos otra vez en el jardín. ¿Conformes?...

Antúnez.—Conformes.

Carolina. (Con indiferencia.)—Bueno.

Andreu.—Pues hasta ahora. (Inicia la marcha.

Picazo.—Hasta ahora. (Saluda; mira á Carolina, y se quita el sombrero.)

(Vanse Andreu y Picazo por la izquierda.)

ESCENA IV

Carolina. Antúnez.

Antúnez.—¡Buena tarde, eh?

Carolina.—Yo he sido la primera que lo ha dicho: deliciosa.

Antúnez.—¡Y tanto! No siempre es dable dejarse abrazar al aire libre, ¡y nada menos que por un poeta!

Carolina.—La broma es demasiado pesada para que la acepte.

Antúnez.—¡Broma?... ¡No hay tal!... Digo lo que he visto, y bien seguro estoy de que mis ojos no me han engañado.

Carolina.—¡Pues le han engañado á usted!..

Antúnez.—Pero... ¡si el recodo está á un paso! (Señalando con la mano.) En el momento de desembocar en él, yo á lo menos ví que acababa de desasirse el grupo... ¡Escultural!...

Carolina.—Le repito que la broma es demasiado pesada. ¿Me cree usted tan insensata que en un lugar como éste...? ¡Aunque fuese mi marido el que quisiera abrazarme!...

Antúnez.—¡Pues habré soñado!

Carolina.—Ha soñado usted. Y no son

sos los mejores recursos para ganar amista-
es...

Antúnez.—Dispénseme usted, señora. Pero
que no me negará usted, porque en el bal-
eario no se habla de otra cosa, es... que Pica-
y usted se miran mucho; que procuran
ablarse aparte, siempre que pueden; y como
aya ocasión, se sientan juntos, muy juntos...
sto no lo digo yo: lo dicen todos los bañistas
e Aguas Fuertes.

Carolina.—También dicen que usted me
alantea...

Antúnez.—No lo deducirán de ninguno de
is actos. La mejor prueba de mi prudencia, la
ene usted en Andreu: yo he sabido inspirarle
onfianza, estoy por decir que ilimitada: ¡mire
sted qué poca ha sabido inspirarle mi rival!...

Carolina.—(¡Éste no conoce á mi ma-
do!)

Antúnez.—Á quien usted prefiere, y no me
xtraña...

Carolina.—¿Yo preferirle!...

Antúnez.—Es joven, de buena figura, in-
enioso y... ¡poeta!... Á mí me apuntan las ca-
as; he cumplido los cuarenta; soy seriote, y
sé escribir en verso...

Carolina.—(Ni en prosa, probablemente.)

Antúnez.—Pero, créame usted, Carolina:
i amor, por eso mismo, es más firme y más
ncero.

Carolina.—¡Qué gana de perder el tiem-
!... ¿No le he dicho á usted cien veces que no
eo en el amor de usted?...

Antúnez.—Y yo le he replicado las cien
eces, que eso es negar la evidencia: mi pasión
es de hoy...

CAROLINA.—Todos los hombres están co
tados por el mismo patrón: mucho entusiasn
al principio, y después...

ANTÚNEZ.—¡No me compare usted con l
demás! Me parece que en mis procedimient
no puedo ser más discreto.

CAROLINA.—¡Sí! ¡Yéndose á vivir al ocho!
De nada me sirve no acceder á sus deseos
que le abra la puertecilla por las mañanas...
gente creerá probablemente lo contrario... Au
que, después de todo, no me quita el sueño
qué dirán: bien tranquila tengo la concienc
lo que usted y Picazo saquen de mí, se lo podı
llevar sobre las alas una mariposa...

ANTÚNEZ.—¡Qué niña es usted!... Too
precisamente, se pone de nuestra parte: A
dreu me demuestra una confianza extraordin
ria, y una simpatía extraordinaria también: r
ha hablado á lo hondo de sus negocios; quie
que nos asociemos en algunos... ¡Oh, si usted
meditara!...

CAROLINA.—¡Pero qué idea tiene usted
mi marido y de mí?...

ANTÚNEZ.—Su marido, me parece un e
celente sujeto; usted... ¡un ángel!

CAROLINA.—Un ángel al que quiere ust
perder.

ANTÚNEZ.—Tengo alguna experiencia de
vida; he corrido no pocas aventuras; y pue
asegurarle á usted... que las más de las mujeı
que se pierden, es... porque no saben perder
ó en otros términos; la que sabe perderse,
se pierde. ¿Me comprende usted?

CAROLINA.—No del todo.

ANTÚNEZ.—Es muy sencillo, la mujer
tiene más ni menos honra que la que quie

torgarle la opinión pública: una mujer coqueta, unque no sea propiamente pecadora, vive desonceptuada; en tanto que una pecadora que ıbe guardar la forma, mantiene su honor incólume.

Carolina.—¿Y la conciencia?

Antúnez.—Es la hoja de parra de los que arecen de resolución. Lo que importa es el ıundo, el cual sólo se atiene á lo meramente xterno. Tanto es así, que, á veces, la gente ecide del honor de una mujer sólo por el modo ue ésta tiene de recogerse el vestido. Si algún ía usted claudica, acuérdese de lo que le dice n hombre experimentado.

Carolina.—¡Qué moral tan amplia la de sted!...

Antúnez.—¡Si usted se equivocó al casarse on quien es la antítesis de usted!... Que le obla justamente la edad; que la quiere menos ue al peor de sus negocios...

Carolina.—No me hable usted mal de Anonio; por ese camino, adelanta usted menos...

Antúnez.—Dispénseme usted: he necesiado dar esta pincelada para volver á la cuesón iniciada por usted. En cuanto á la moral xterna, nadie lo sabrá... ¡Soy hombre de onor!... Cuanto á la interna... á poco que usted piense, se perdonará á sí misma.

Carolina.—¡Perdonar!... ¡Esa sí que es, uando á ustedes les conviene, la mejor hoja de arra! Válense de ella para obtener el logro de us fines... Pero... si yo fuese su mujer de usted, yo pecara, ¿me perdonaría usted?

Antúnez. (Vacilante.)—¡Quién sabe!... Tal ez sí!..

Carolina.—Pues Antonio, con esa traza de

confiado y bonachón, es de los que no olvid
ni perdonan...

Antúnez.—(¡Y yo que creía haberla co
vencido!...) (Breve pausa.)

Carolina. (Mirando á la izquierda.)—Mucho ta
dan en volver...

Antúnez.—¿Quiere usted que les vayam
al encuentro? (Invitándola á que mire á la derech
Aunque lo mejor será que nos vayamos al ja
dín... Vea usted los que vienen: se nos uniría
y ya no podríamos hablar... ¡Son tan raras l
ocasiones con que usted me favorece!...

Carolina.—Pues vamos hacia el jardín
(Inicia la marcha hacia la derecha.)

Antúnez.—(¡Cede! ¿Si la habré conve
cido?)

Carolina.—(Otro más que me convenc
pero no me rindo.)

ESCENA V

Dichos. El Marqués. Jiménez.

Estos últimos afrontan á Corolina y Antúnez cuando est
ya para salir de la escena. Jiménez saluda con la cabeza y
quita el sombrero.

El Marqués.—¡Qué tarde tan deliciosa!

Carolina.—¡Deliciosa! De eso hablábamo

Jiménez.—¿Vienen ustedes de la ermita?

Antúnez.—Carolina es la que viene: yo
he tenido alientos para tanto.

Carolina.—¿Van ustedes?

El Marqués.—Hacia allá por lo menos.

Carolina.—Pues si ven á mi marido, hága
me el favor de decirle que en el jardín esperamo

El Marqués.—Será usted complacida.

Carolina.—Muchas gracias. Hasta luego... (Inclinando la cabeza á ambos.)

Antúnez. (Siguiéndola.) —Hasta luego, señores...

El Marqués.—Vayan con Dios...

Jiménez. (Quitándose el sombrero.) —Muy buenas tardes.

(Carolina y Antúnez desaparecen por la derecha; el Marqués y Jiménez los observan un momento.)

ESCENA VI

El Marqués. Jiménez.

El Marqués. (Sacudiéndose las botas con el pañuelo consabido.)—Á pesar de todo, amigo Jiménez, apuesto por Picazo.

Jiménez.—Pues yo por el «prohombre».

El Marqués.—Muy hábil es Antúnez; tiene grandes ventajas de su parte... Y sin embargo, ella se inclina al poeta. Para Antúnez es la conversación insubstancial, la amistad frívola; para Picazo son las miradas atrayentes, la pasión amorosa...

Jiménez.—Pues Picazo no gana la partida...

El Marqués.—Usted, como buen amigo íntimo del poeta, no quiere decirme todo lo que sabe...

Jiménez.—Le aseguro á usted formalmente que Picazo nada nuevo me ha dicho. Ayer tarde estaba un tanto desalentado... Esta mañana le he hallado más contento... ¡Quizás lo de anoche!...

El Marqués.—¿Qué fué ello?

JIMÉNEZ.—Lo vimos algunos: Mientras ustedes tomaban el te, se multiplicaron las pisaditas; y á lo último hubo un fuerte apretón de manos, bastante prolongado, por debajo del velador...

EL MARQUÉS. (Iniciando, muy regocijado, la marcha hacia la izquierda.)—¡No diga usted más! Ahora... ahora... ¡doy momio por el poeta!

(Desaparecen).

Fin del acto primero.

ACTO SEGUNDO

PRIMERA PARTE

Al aire libre; en el boulevard de San Sebastián.

ESCENA PRIMERA

Federico Beltrán. Manuel Costa.

Ambos bien vestidos, en traje de mañana; sentados en un banco de los del paseo. Costa tiene en la mano un número de «La Voz de Guipúzcoa».

Costa.—Y al fin, ¿qué decides?

Beltrán.—Veremos. Mis propósitos son irme con viento fresco á otra parte...

Costa.—¿De modo que ya no esperas á Carolina?

Beltrán.—(¡No sé qué hacer!)

Costa.—No me dijiste que estaba para venir?

Beltrán. (Con mal disimulado desconsuelo.)—¡Pero el caso es que no viene!... ¡Ni falta!

Costa.—¡Eso es despecho! Tú eres un vencido; un hombre «imposible»...

Beltrán.—¡Qué sé yo lo que soy!

Costa.—¡Quién me lo había de decir!... ¡Tú, á tus años y con tus antecedentes!... Confiesa la verdad: te falta valor para concluir del todo... (Sonriente, y apuntándose á sí mismo.) Mírate en este espejo, Federico: ¡ninguna, ninguna me ha entretenido más de un par de meses!... Paso

por impresionarme; ¡pero enamorarme!... ¡quiá! El amor es la más ominosa de las servidumbres.

BELTRÁN.—Todo cuanto me digas, lo sé de sobra. ¡Ay, Manolo!... ¡no te deseo que tropieces con otra Carolina!...

COSTA.—Ya vería yo el medio de plantarla.

BELTRÁN.—No todas las mujeres son iguales: hay excepciones...

COSTA. (Reconviniéndole con alguna energía.)—Lo que tiene que haber, es voluntad; lo que no tiene que haber, sensiblería. ¿Acaso no he tenido relaciones con mujeres tan guapas como la tuya?...

BELTRÁN.—No está el quid en la belleza; lo está en las condiciones del carácter...

COSTA.—¡Música! Mira, Federico, ojos que no ven, corazón que no siente: lárgate de San Sebastián y no la esperes. ¡Sé hombre de energía!... ¡Vaya un ingeniero!... Sabes arrancar el mineral que yace en las entrañas de la tierra, y no sabes sacarte de tu propia alma un poco de voluntad!

BELTRÁN. (Agobiado, esfuérzase por defenderse.)—¿Qué dices de voluntad?... Salí de Madrid antes que ella, y no para irme á un desierto, sino para venirme donde es fama que reina la animación y la alegría. La ofrecí no volver á mirarla. Hoy hace diez y ocho días que llegaron á Aguas Fuertes; me escribió á las pocas horas de llegar, dulce, amorosa, atrayente: me invitaba á ir, y añadía que, si no iba yo, ella, al cabo de un novenario de aguas, vendría á San Sebastián, sólo por verme... ¡Y no la he contestado!... (Da señales de abatimiento.)

COSTA. (Satisfecho.)—Algo es algo... Eso merece que te felicite cordialmente... ¡Viva el amor

sin cadenas!... Pero, por si acaso, vete: ¡porque si no te vas...! En los dos años que llevas de amores con Carolina, ¿cuántas veces no has tronado? ¡Y siempre has vuelto á caer!... ¡Vete!

BELTRÁN.—El caso de ahora es diferente: desligado de todo negocio con Andreu, no tendré necesidad de ir á su casa; y no yendo, no la veo...

COSTA.—¡Pero quieres verla aquí!...

BELTRÁN.—Más que nada, por curiosidad: me tiene intrigado saber si viene ó no; por qué tarda tanto; cómo se ha conducido en Aguas Fuertes...

COSTA.—¿Y si pudieras saber todo eso sin esperarla un día más?

BELTRÁN.—Entonces... veríamos.

COSTA.—Pues lo vas á saber pronto: oye lo que acabo de leer: (Lee en el periódico:) «Procedente de Aguas Fuertes y de Biárritz, anoche llegó á San Sebastián el genial novelista é inspirado poeta Luis Picazo.»—Picazo es un buen amigo mío; cuando menos lo pensemos, le hallaremos: te presento, y hablais.

BELTRÁN. (Animado.)—¡Muy buena idea! Pero es preciso que tú por tu parte me dejes que le examine á mi gusto, sin que se trasluzca el interés que me mueve á conocerle...

COSTA.—No necesitas advertirme nada.

BELTRÁN.—Quiero desahogarme; saberlo todo...

COSTA.—¿Y si luego te arrepientes?... (Costa, que da su derecha á Beltrán, ve venir por la izquierda á Picazo; se levanta, y, yéndose á él:) ¡Mira! Nombrando al rey de Roma...

ESCENA II

Dichos. Picazo.

Picazo, bien vestido, en traje de mañana.

COSTA. (Abrazando á Picazo.) —¡Por la puerta se asoma!...

PICAZO. (Complacido.) —¿Qué tal, querido Costa?

COSTA.—Perfectamente. Acababa de leer en «La Voz de Guipúzcoa» la noticia de su llegada. ¿No la ha leído usted?...

PICAZO.—Aun no he leído ningún periódico: no he hecho más que levantarme, y salir á la calle...

COSTA.—Pues si no tiene usted que ventilar ningún asunto urgente...

PICAZO.—Ninguno.

COSTA.—Siéntese un rato. (Le invita á ir al banco; Costa le presenta á Beltrán.) Mi íntimo amigo Federico Beltrán, ingeniero de minas. (Picazo saluda con la cabeza.) El poeta Luis Picazo...

BELTRÁN. (Dándole la mano.) — Tanto gusto... De vista le conocía á usted...

PICAZO.—Y yo á usted también le recuerdo de Madrid.

BELTRÁN.—Y por sus escritos, ¿quién no le conoce á usted?

(Siéntanse: en el centro, Picazo; á su derecha, Beltrán; á la izquierda, Costa.)

COSTA.—Tiene usted buen semblante: señal de que las aguas le han probado...

PICAZO.—Son verdaderamente prodigiosas: ¡y yo que las he tomado veinte días!...

BELTRÁN.—¡Veinte días ha estado usted?

PICAZO.—Justos y cabales. ¡Y ojalá me hubiera quedado algunos más!...

BELTRÁN.—¿No se encuentra usted repuesto del todo?

PICAZO.—No lo decía precisamente por la salud...

COSTA.—Á usted no le han tratado bien en Biárritz. ¡Aquel Casino!...

PICAZO.—Ni bien ni mal: no he jugado un céntimo.

BELTRÁN.—¿Está muy animado?

PICAZO.—Así así... Ya sabe usted que hasta primeros de septiembre la animación no es extraordinaria.

COSTA.—¿Y en Aguas Fuertes, qué tal de animación?

PICAZO.—Poca, poquísima: es un balneario muy bueno, pero nada concurrido...

BELTRÁN.—Perdone usted: ¿ha estado allí un matrimonio que se llama... (Haciendo como que tarda el nombre en venirle á la memoria.) Andreu?

PICAZO. (Algo emocionado.) —Allí lo he conocido, y allí lo dejé. Él no tomaba el agua; sólo ella.

BELTRÁN.—Yo creí que el enfermo era el marido...

PICAZO.—¡Tiene más salud que un toro! ¿Los trata usted?

BELTRÁN (Displicente.) —Ahora, no; los traté casualmente, muy poco, hace ya tiempo. ¿Y qué le han parecido los esposos?

PICAZO. (Con incertidumbre.)—A mí... Ahora, dispénseme usted que sea yo el que pregunte: ¿y á usted, que le parecieron?

BELTRÁN.—Ella, guapa, buen tipo, pero algo coquetuela.

Picazo.—¿Y él?

Beltrán.—¿Él?... ¡Usted no será pariente suyo?...

Picazo.—¡No tengo ese honor!... (Con ironía.)

Beltrán.—Pues él... me pareció... ¡un animal!

Picazo.—Conformes, en esta última parte; en cuanto á Carolina, á mí me ha parecido algo más que coquetuela.

Beltrán. (Comienza á inquietarse; Picazo no lo nota.) —¿Coquetísima?

Picazo.—¡E ainda mais!...

Beltrán.—Yo no me atrevería á aventurar un juicio tan extremado...

Picazo.—Porque no ha estado usted en Aguas Fuertes.

Beltrán.—Á mí se me figura, que es una mujer cuyos detalles, meramente extrínsecos, la perjudican: viste con exageración, acentuando la denuncia de las formas; mira y sonríe de una manera estudiada; á veces, es más jovial de lo que aconseja la prudencia; otras, le da por afectar una melancolía romántica, estudiada también: es, como se dice ahora, una anómala; pero incapaz, tal creo yo, de faltar á sus deberes...

Picazo. (Mirándole con cierto aire de compasión irónica.)—¡Puede ser!...

Beltrán.—¡Lo es!

Picazo.—Lo será para usted: yo respeto mucho su opinión, y siento que la mía diste tanto de la suya...

Beltrán.—¡Ustedes los literatos son implacables!...

Costa. (Que ha permanecido haciéndose el distraído.) —Digo lo mismo, amigo Picazo. (Beltrán le mira imponiéndole silencio.)

PICAZO.—Yo no soy implacable, ni dejo de serlo: me atengo á lo que he visto, que ha sido bastante.

COSTA.—(¡Atiza!)

BELTRÁN. (Mortificado, pero tratando de disimularlo en lo posible.)—Le habrán engañado á usted los ojos: el exceso de sensibilidad de ustedes los poetas, les obliga á no ver siempre la realidad tal cual es, sino modificada... «Todo es según el color del cristal con que se mira»... Y ustedes á las mujeres las miran siempre con cristales verdes.

PICAZO. (Sonriendo maliciosamente.)—He hecho algo más que ver la realidad...

COSTA.—(¡Esto se arregla!)

PICAZO.—Y á estas horas, ya estará harto de conocer esa misma realidad, otro bañista: Daniel Antúnez.

COSTA.—(¡El acabóse!)

BELTRÁN.—¿Ese á quien acaban de nombrar senador vitalicio?

PICAZO.—El mismo...

BELTRÁN.—Le conozco de vista... ¡Pero usted tiene pruebas?...

PICAZO.—Yo lo único que sé es que llegaron juntos al balneario... Poco á poco fueron estrechando la amistad... Los Andreu iban á estar nueve días, y se han estado quince. Y hace tres que salieron, en el mismo coche, el matrimonio y Antúnez, para Vitoria, donde les tiene usted en una finca... ¡de Antúnez!

BELTRÁN.—¿Está usted seguro, ó es que forja usted una novela?

PICAZO. (Al oído de Costa.)—¿Si estaré cometiendo una imprudencia? (Vuélvese rápidamente hacia Beltrán, sin esperar la respuesta.) Yo, la verdad, no los

he seguido; esas son, sin embargo, mis noticias

BELTRÁN.—Equivocadas, indudablemente. (Como meditando.) ¡Me parece imposible que Carolina...!

PICAZO.—No sé por qué se me figura que tiene usted un gran interés por ella...

BELTRÁN.—¡Yo?...

PICAZO.—Mucho la defiende usted...

BELTRÁN.—Entiendo que ese es el deber de los amigos...

PICAZO.—¿En qué quedamos? ¿No me ha dicho usted que no la ha tratado apenas, y que no la trata ahora?...

BELTRÁN.—Sí... pero...

PICAZO. (Con jovialidad.)—No le demos más vueltas al asunto: ¡á usted le gusta Carolina!... ¡Pues no se apure usted!... Ella es bastante «aprovechada», ¡y hay margen para todos!

COSTA.—(¡Qué ferocidad!)

BELTRÁN. (Sin poder disimular el daño recibido.)—Pase eso tan sólo como una genialidad del novelista. (Muy serio.) Conste que Carolina es una señora, y que ni usted ni nadie probaría lo contrario. (Se levanta, inquieto; Costa da señales de sentimiento por el giro que ha tomado la cuestión; Picazo queda suspenso, indeciso; y así las cosas, llega Emilio Fuentes, por la izquierda, y se dirige al grupo.)

ESCENA III

Dichos. Emilio Fuentes.

Fuentes, bien vestido; á Beltrán y á Costa les saluda con el gesto, sonriente; á Picazo, con la cabeza.

BELTRÁN. (Á Fuentes:)—Vamos, Emilio, que es tarde. (Á Picazo dándole la mano:) Federico Beltrán, Hotel Continental.

PICAZO.—Luis Picazo, Hotel de Londres.

BELTRÁN. (Á Costa:) —Manolo, ¿tú te quedas?

COSTA.—Sí, hasta luego.

BELTRÁN. (Iniciando la marcha, hacia la derecha.) — Adiós, señores.

FUENTES. (Á Costa:) —Hasta luego. (Á Picazo:) Buenos días...

PICAZO.—Buenos días, señores...

COSTA.—Andar con Dios...

(Vanse por la derecha Beltrán y Fuentes.)

ESCENA IV

Manuel Costa. Luis Picazo.

COSTA. (Invitando á Picazo á que se siente; siéntanse ambos.) —¡Pero qué ha hecho usted? ¡Federico Beltrán tiene amores con Carolina!...

PICAZO.—¡Con Carolina?... ¿Desde cuándo?

COSTA.—¡Desde hace la friolera de dos años!...

PICAZO. (Con gran sinceridad.) —Crea usted que siento con toda mi alma el mal rato que le habré hecho pasar... ¡Pero él se tiene la culpa!... ¿Por qué me tiró tanto de la lengua? ¿Y usted cómo no me advirtió algo?...

COSTA.—¡Si yo le oía á usted complacidísimo!... Á Federico Beltrán le quiero lo suficiente para desearle que, cuanto antes, concluya con Carolina. Está loco por ella, ¡loco!...; ha tenido cien veces deseos de concluir... ¡Vamos á ver si ahora se desengaña del todo!

PICAZO.—Yo, al final de nuestra conversación, comprendí que mis palabras le mortificaban; de lo que deduje que era un aspirante, y por eso le consolé diciéndole...

Costa.—Oí la frase... ¡Qué puñalada!...

Picazo. (Contrariado.)—Lo siento de todas veras...

Costa.—Él, por lo mismo que es un caballero, no podía declarar su situación.... Del secreto de sus amores sólo estamos enterados Emilio Fuentes—ese muchacho con quien se ha ido—y yo.

Picazo. (Sincerándose.)—Todo ha contribuído á que me expresara con viveza: estoy bajo la impresión que me ha causado una carta de mi fraternal amigo Eduardo Jiménez, que también estaba en Aguas Fuertes, y al cual encargué á mi venida que me diera pormenores. Esa carta la recibí ayer mañana, poco antes de salir yo de Biárritz. (Saca la carta.) Oiga usted: (Lee:) «Querido Luis: Ella, el día que tú te fuiste, mostróse un tanto abatida; al siguiente, menos, y al otro, como si tal cosa. Debo advertirte que al salir tú de su cuarto, te vió la camarera: lo bastante para que todo el mundo haya hecho sabrosos comentarios...»

Costa. (Interrumpiendo:)—De modo que usted...

Picazo.—Ya hablaremos. (Continúa leyendo:) «El Marqués se ha regocijado lo indecible. Antúnez, imperturbable, prosiguió el asedio, más favorecido que nunca por Andreu. Quizás tu misma hazaña ha redundado en beneficio de Antúnez; pues lo cierto es que ella, tal vez por desagraviarle y probarle que nada había habido entre vosotros, acentuó su expresividad en obsequio del «prohombre», para quien ha tenido las mismas miradas explosivas que tenía para ti. Ni quito ni pongo rey... Lo que te puedo asegurar, es, que ayer mañana marcharon el matrimonio y Antúnez en una cesta; y que al

cartero, con quien he hablado, le han ordenado que si llegan cartas para ellos las reexpida á Vitoria. En Vitoria, según el Marqués, tiene Antúnez una finca, á la que se van, por lo visto, el matrimonio y el Senador á pasar la cuarentena. Creo que harías mal, muy mal, en seguir impresionado por esa... «joven», cuya conducta ha causado aquí verdadero asombro.»—¿Conque... qué le parece á usted la «honrada» señora de Andreu?

Costa.—¡No creía que llegara á tanto!...

Picazo.—¡Y me pedía «pruebas» Beltrán!... ¡Pues si yo le hubiera contado otras cosas!...

Costa.—Ella es archi-coqueta, y Andreu un degenerado. Cuando Beltrán la conoció, el marido, al saber que Beltrán era algo rico é ingeniero, lo absorbió con fuerza incontrastable: le metió en negocios; le obligó á dirigir la explotación de una mina; le sacó los cincuenta mil duros que acababa de heredar... Y ahora, que Andreu se considera acaudalado, y que cree que Beltrán ya no le sirve, le ha devuelto el dinero, aunque con mermas, desligándose de él en todos los negocios. Bien es cierto que, durante esos dos años, hacía como que no se enteraba de que Beltrán y Carolina se entendían...

Picazo.—¡Qué miserable!...

Costa.—Aun parecía que fomentaba los amores; porque de continuo estimulaba á Federico, siempre por medios capciosos, para que á ella la colmase de regalos: muebles, trajes, abanicos, joyas, «bibelots»,... todo, incluso un piano, que le costó nada menos que cinco mil pesetas...

Picazo.—Verdaderamente, es sensible que

Beltrán, que debe de ser un excelente chico, un caballero...

Costa.—Perfecto.

Picazo.—Ilustrado y simpático, haya llegado á apasionarse tanto por una mujer de tales condiciones...

Costa. (Levantándose.)—¡Siempre le he dicho lo mismo!... ¡No sabe usted bien lo que yo le he predicado para disuadirle!... Usted, por esta rara coincidencia, va á prestarle el mejor servicio que le han prestado en su vida. Yo me encargo de que resulte provechoso, y de que ustedes sean, muy en breve, amigos inseparables... ¿Vámonos?

Picazo.—Adonde usted quiera. (Yéndose por la izquierda.) De todos modos, crea usted que he sentido y siento vivamente el mal rato que le he dado...

(Desaparecen por la izquierda.—Pausa.)

ESCENA V

Federico Beltrán. Emilio Fuentes.

Entran por la derecha, como si fuesen paseando; van hacia la izquierda, y hacen algunas paradas.

Fuentes.—Cálmate, Federico, no seas criatura.

Beltrán. (Excitado.)—No; las cosas no pueden quedar como han quedado; yo necesito buscar un pretexto, para entendérmelas con ese novelista...

Fuentes.—¿Y por qué no ha de ser exacto lo que cuenta? Aplaza la cuestión... Espera que regresemos á Madrid, donde podrás compro-

barlo todo. Tú, en este momento, ¿sabes el paradero de Carolina?

BELTRÁN.—No.

FUENTES.—Pues... ¡bien puede estar en Vitoria!

BELTRÁN. (Reponiéndose.)—Lo esencial es que María Luisa no revele el origen... ¡Qué ganas tengo de que se vean!

FUENTES.—Pierde cuidado.

BELTRÁN.—Tú, sin embargo, no te corras con María Luisa; le refieres los hechos, y nada más... Así Carolina se hará un lío, y en su interés ha de estar ponerlo todo en claro, si aun le queda algo de vergüenza... (Avanza hacia la izquierda.)

FUENTES.—¡Naturalmente!...

BELTRÁN.—¡Ah!... ¡Y como no lo haga!...

(Desaparecen ambos por la izquierda.)

SEGUNDA PARTE

Gabinete bien amueblado de la casa de los señores de Andreu, en Madrid. Puertas laterales y en el fondo. Un sofá pequeño; algunas butaquitas; sillas; un espejo por lo menos; un mueble con un reloj de sobremesa, un retrato, *bibelots*, etc.

ESCENA PRIMERA

Petra.

(Con un plumero en la mano. Mirando el reloj que hay sobre el mueble.)—Ya deben de estar para llegar... Esta vez el viaje ha durado un mesecito justo... Y dentro de na, pué que se vayan á Francia... ¡Dios me oiga!... Á la cocinera la despiden pa su pueblo; á Perico, iden por

iden... y yo me quedo sola, dueña de la casa, donde recibo como una reina á mi novio, que es el sargento más guapo que hay en toda el arma de Caballería... Don Federico debe de seguir fuera; no lo veo hace la mar de tiempo... ¿Seguirán de monos?... La última vez quedaron muy regañaos!... ¡Qué cosas oí!... (Ahueca la voz, para remedar la de Beltrán.) «¡Tu marido es un animal, y tú una cocó incorregible! ¡Estoy lleno de asco! ¡Me voy para no volver!»... Y ella le contestaba: (Remeda la voz de Carolina.) «¡Eres injusto; te soy fiel hasta con el pensamiento!» ¡Miá que fiel mi señora!... Y como si todo fuera una farsa, más enfadao que antes, replicaba él: «¡Mentira!... ¡Eres una embustera! ¡No te creo!... Me voy y no vuelvo!» Y entonces la señora se puso en jarras, (Remedándola.) y le dijo, dice...: «¡Bueno, hombre; anda con Dios! Ya volverás. Hace un siglo que te estás queriendo ir, ¡y no acabas de marcharte!» Don Federico entonces quiso darla una morrá: fortuna que yo, que los estaba guipando, entré á tiempo; lo cual que si no, creo que acaba por dársela... ¡Y eso que él es tan bueno!... ¡Pero es tan celoso!... (Suena el timbre.) Deben de ser los señores.

(Vase por la puerta del fondo.)

ESCENA II

Petra. Andreu. Carolina.

Los recién llegados, en traje de viaje. Carolina, con un saquito en la mano; Andreu, con un maletín; Petra, con sombrereras, mantas, etc.

Andreu. (Á Petra:) —¿De modo que no ha habido ninguna novedad?

PETRA.—Ninguna; salvo que ayer vino la señorita María Luisa, y preguntó cuándo llegaban los señores: la dije que hoy, y s'acabó.

ANDREU.—¿Ha cumplido usted todas las instrucciones que he ido dándola en mis cartas?

PETRA.—Todas. (Á Carolina, que, frente al espejo, acaba de quitarse el velo y el sombrero:) ¡Bendito sea Dios, qué buena está la señora!... ¡Ya se conoce que las aguas la han probado!... Al señor también le encuentro muy bueno.

CAROLINA.—Sí, sí; nos han probado las aguas.

PETRA.—¿Á qué hora quieren el almuerzo los señores?

ANDREU.—Á la de siempre, á las doce y media.

CAROLINA.—¿Está listo el baño? ¿Está todo preparado?

PETRA.—Todo.

CAROLINA. (Aparte á Petra:)—¿Y don Federico?

PETRA. (Aparte á Carolina:)—Debe de seguir fuera... (Á los dos:) ¿No mandan más los señores?

CAROLINA.—No; nada más.

(Vase Petra por la puerta del fondo.)

ESCENA III

Andreu. Carolina.

CAROLINA. (Dejándose caer en el sofá.)—¡Estoy rendida! No he podido pegar los ojos en toda la noche...

ANDREU. (Paseando lentamente, y haciendo paradas de vez en cuando.)—¡Te falta práctica de viajar! Yo, en cambio, me la he pasado en un sueño... ¿Y Antúnez, ha dormido?

CAROLINA.—Supongo. (¡Bueno venía él para dormir!)

ANDREU.—Hay que confesar que se ha portado bien.

CAROLINA.—(¡Ya lo creo!)

ANDREU.—Hemos venido como unos príncipes, los tres en un reservado. ¡Lo que puede la influencia!...

CAROLINA.—¡Ya, ya!...

ANDREU.—La finca, no es gran cosa, no es de precio...

CAROLINA.—¡Para un hombre solo!...

ANDREU.—¡Puede pasar!... Es bonita, eso sí, y el chalet tiene bastantes comodidades... No podemos quejarnos: ha hecho cuanto ha podido...

CAROLINA.—Sí, sí; cuanto ha podido... (¡No esperaba yo tanto!)

ANDREU.—Pues esa finca es susceptible de una porción de mejoras: le he dado á Antúnez algunos consejos prácticos, que me ha ofrecido no echar en saco roto. Ahora, lo que conviene es que formalicemos cuanto hemos proyectado, y como cuaje la cosa... en un par de años doblo el capital.

CAROLINA.—(¡Á lo que estamos, tuerta!)

ANDREU.—¡Ya ves si tengo buen ojo!... El día que llegamos á Aguas Fuertes, te lo dije: «Este hombre nos va á ser utilísimo». Tú le despreciabas; y ahora... bien le pones en las nubes.

CAROLINA.—Es una persona fina...

ANDREU.—Influyente, sobre todo. ¿Viste cuántas cartas recibía de ministros, directores generales, duques...? ¡Hasta tuvo una del Nuncio!... ¿Te acuerdas?... Conviene, sin embargo, que no acentúes la nota...

CAROLINA.—¿Comenzamos?

ANDREU. (Conciliador.)—Te lo advierto, por tu bien. ¿Crees tú que no habrá quien suponga que Federico Beltrán ha sido para ti más que un amigo?...

CAROLINA.—¡Si tú no le hubieras dado tanta entrada!... ¡Si tú no le hubieras celebrado los regalos!... De lo que se critique en este sentido, toda la culpa es tuya!...

ANDREU.—¡Mía?

CAROLINA.—Tuya y muy tuya.

ANDREU.—Hablemos de otra cosa...

CAROLINA.—Tú has promovido la discusión... (Suena el timbre de la puerta.)

ANDREU.—¡Bueno; pues yo!... ¿Quién será?

CAROLINA. (Poniendo atención; oye la voz de María Luisa, que viene hablando con Petra.) ¡Es María Luisa!... (Pónese de pie, alegre y dispuesta á recibirla.)

ESCENA IV

Dichos. María Luisa.

María Luisa, bien vestida, con marcado «cocottismo». Habla con acento cubano muy exagerado.

MARÍA LUISA. (Arrojándose en brazos de Carolina; bésanse con efusión.)—¡Dichosos los ojos!...

CAROLINA.—¿Cómo estás? ¿Y tu marido?

MARÍA LUISA. (Besándola y abrazándola de nuevo.) —Estamos bien; vendrá á la noche, ¿sabe?... (Desprendiéndose. Á Andreu:) ¿Y usté, Andreu?

ANDREU.—Perfectamente. ¿Fernández, bueno, eh?

MARÍA LUISA.—Muy bien; muchas grasias. (Apartándose algo, para mirar á Carolina de arriba abajo.)

Déjame que te vea; que á los encantos hay que contemplarlos despasito. (Admirándola.) ¡Míramela tan lindona!... Tienes buena cara, ¿sabe?... ¿Ya no te duele nada, corasón?

CAROLINA.—El estómago, algunas veces...

MARÍA LUISA.—¡Ese pícaro estómago!...

ANDREU.—Las dejo á ustedes; voy á mi despacho, que me esperan algunas cartas atrasadas...

MARÍA LUISA.—Ande usté con Dios...

ANDREU.—Hasta luego; y si no nos vemos, expresiones á Fernández...

MARÍA LUISA. (Haciéndole cómica cortesía.)—Muchas grasias, señó...

(Andreu vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V

Carolina. María Luisa.

María Luisa vase á la puerta de la derecha, y la cierra; en seguida la del fondo, y por último, la de la izquierda. Carolina la mira sonriente.

MARÍA LUISA. (Abrazándola de nuevo.)—¿Te ha ido bien, gloria mía?

CAROLINA.—¡No me ha ido mal!...

MARÍA LUISA.—¡Vaya una cara que traes!... ¡Es que el cambio de aires..., y de aguas..., y de alimentos... ¿Y Picaso? (Mírala de hito en hito, con gran picardía.)

CAROLINA. (Con extrañeza; queriendo disimular.)—¡Picazo!... ¡Ah, sí; un chico poeta!... No he vuelto á saber de él, desde que se marchó del balneario.

MARÍA LUISA.—¿Y Antunes?

CAROLINA. (Algo desconcertada.)—Supongo que esté bueno... ¿Y tu Emilio?

MARÍA LUISA. (Con tristeza un tanto cómica.)—Se marchó antes de ayer á Badajós... ¡Tiene ayí un pleito maldito!...

CAROLINA.—¡Estarás desconsolada! (Sentándose.) Chica, no puedo tenerme en pie...

MARÍA LUISA. (Sentándose á su lado, en el sofá.) —¡Imagínate!

CAROLINA.—¿Sigue tan tierno y tan chiflado?... ¡Qué suerte la tuya!...

MARÍA LUISA.—¡Le traigo de cabesa... ¡Pero para suerte, tú!, ¿sabe, lusero?

CAROLINA.—¡Muy buena, envidiable! Federico me ha dejado plantada!... Ahora la cosa parece que va de veras: llevo cerca de mes y medio sin saber de él... ¿Sabes tú algo?

MARÍA LUISA. (Con cómica tristeza.)—¡Mi vida, siento lo que me dises!... Yo tampoco sé nada: al marcharse Emilio yevaba ya unos días sin notisias suyas... (Animándose.) Pero no te apures, sielo mío; que una mujé como tú, con esos ojo, que alumbran más que el faro de Nueva Yor, bien puede desí: «Á rey muerto, rey puesto», ¿sabe?...

CAROLINA.—Del dicho al hecho...

MARÍA LUISA. (Con gran malicia.)—¡No te vengas con guayaba!... ¿Y Picaso? ¡Vaya una despedida que te hiso!... ¡Todo un poema; verdá, corasón?

CAROLINA.—Me sorprendes! ¿Quién te ha dicho semejante cosa?

MARÍA LUISA.—¡Pero ven acá, mambisa! ¿Crées que has estado tú sola en Aguas Fuertes?... Han estado otros también...

CAROLINA.—(¡No creo que Picazo!...) ¿Se puede saber sus nombres?

María Luisa.—Ni los sé, ni me importa. Yo no sé más sino que ese Picaso es un moso que vale mucho; que se chifló por tí, y tú por él... ¡Vamos, no seas engañosa; déjate de guayaba!... ¡Qué me va á ocultá tú á mí, que soy tu mejor amiga?... (Con gran malicia.) ¡Dime, corasón...?

Carolina.—¡Pero qué guasona eres!...

María Luisa.—¡Yo guasona?... ¡Sí; porque tú no sabes que eres la perla del Camagüey!... ¡Nesesita que te lo diga yo!... (Apartándose algo, para contemplarla en conjunto.) ¡Míramela tan lindona!...

Carolina.—¡Bien te pitorreas, eh?

María Luisa. (Dándole golpecitos en un muslo.)—Lo que tú tienes que hasé, es desile á ese poeta que te escriba una guajira y un tango, para yo cantártelo cuando te dé la tristesa...

Carolina.—¡Eres la encarnación de la alegría; qué envidia me das!...

María Luisa.—Disimula, mambisa, disimula; que yo te perdono; y hasta si es presiso, me chuparé el dedo... (Se lo pone en la boca.) ¿Y en Vitoria, qué tal?... ¡Vaya una finca! Si tuviera caña dulse, palmeras, un bohío y dos dosena de plátanos, ayá nos íbamos juntas, á darle vivas á Cubita libre!...

Carolina. (Sonriéndose.)—¡Qué humor el tuyo!... Te advierto que la finca no vale nada...

María Luisa.—¡No te creo!... ¡Digo, una finca de todo un senador!... (Cambiando de tono; con gran malicia.) ¿Pero él...?

Carolina.—Es un hombre muy serio...

María Luisa.—¡No faltaba más!... ¡Por algo les yaman á los senadores los padres «graves» de la patria!...

Carolina.—Díme otra cosa: ¿has tenido alguna nueva cuestión con tu marido?...

María Luisa.—(¡Desea cambiar de asunto!) Antes de anoche. Imagínate que no sé por donde supo que yo había ido á la estasión á despedí á mi Emilio; se puso hecho lo que es, un cafre, y me rompió un bastón en las costiyas...

Carolina.—¡Qué bárbaro!...

María Luisa.—¡Y luego querrán que una...! ¡Con hombres así!...

Carolina.—Verdaderamente.

María Luisa.—Cuanto más me maltrata, peor para él. Créeme: (Enumera con cierta complacencia.) es un cafre, un buey, un hipopótamo, un avestrús, un hotentote, un buey...

Carolina.—Ya lo has dicho.

María Luisa.—¡Bueno; dos veses buey!; un cameyo, un cocodrilo, un atún...; es... todo el reino animal de los volátiles, de los terrestres y de los acuáticos... ¿Y el tuyo?

Carolina.—¡El mío!... Toda la historia natural de los idiotas: ¡ni siquiera me pega!

María Luisa.—¡Ay, quién tuviera un marido como ése!... Debes engarsarlo en oro... (Mirando el reloj.) Chica, se me hase tarde... (Inicia un movimiento para irse.)

Carolina. (Conteniéndola.)—¡Pero adónde vas tan pronto?

María Luisa.—Á Correos, á recogé la carta de mi Emilio; luego al Continental á contestarle... Y la hora del almuerso se echa ensima, y si no yego á tiempo, el simarrón me dará cuatro patadas... ¡Qué bestia es!

Carolina.—Pues no te vas sin decirme el origen de tus bromas...

María Luisa.—¿Bromas?...

CAROLINA.—¡Y tanto!

MARÍA LUISA.—¡Pues si son bromas, por qué te preocupan, corasón?

CAROLINA.—No me preocupan; curiosidad, nada más.

MARÍA LUISA.—Esas que tú yamas bromas, han sirculado en «La Peña», con referensia á varios que han estado en Aguas Fuertes; mi Emilio las oyó, y me las ha contado... ¡Y aun me queda mucho por desirte, sabe?... (Levantándose, en actitud de marchar.)

CAROLINA. (Levantándose.)—Tú podrás no creerme... Pero todo eso, aunque del peor género, es una novela que habéis inventado para embromarme...

MARÍA LUISA.—¡Jesús!... Con tanta reserva, te voy á retirá el cariño que te tengo...

CAROLINA.—No te negaré que Antúnez y Picazo me han cortejado... Pero la cosa no ha pasado de ahí... Jamás te oculté nada de mi vida, como tú no me ocultas nunca nada de la tuya: si algo hubiera, ¿te lo iba á callar? Para mí, bien lo sabes, no es una novedad ser pecadora...

MARÍA LUISA. (Con viveza.)—Ni para mí tampoco, á Dios grasias...

CAROLINA.—¡Pues entonces!... (Suplicante.) ¡Anda, dime lo demás que sepas, Mari-Luisa!...

MARÍA LUISA.—Á la noche, y si no, mañana. (Impaciente.) Se me hace muy tarde; perdóname, lusero... (La abraza y la besa.)

CAROLINA.—Bueno, hija; anda con Dios; da mis recuerdos á Emilio. (Medio abrazadas, avanzan un poco hacia la puerta del fondo.)

MARÍA LUISA. (Parándose.)—Pierde cuidado, mambisa. (Mirándola con delectación.) ¡Cada día estás más guapa y tienes más atractivos!...

CAROLINA.—¡Pues y tú?... ¡Mira que somos dos!...

MARÍA LUISA. (Sonriendo.) —Oye, ¿sabe cómo nos yaman? *¡Las Columnas de Hércules de la Castidad!...* (La toma por el talle, y salen ambas riéndose ruidosamente.)

ESCENA VI

Carolina.

Vuelve pensativa al cabo de medio minuto.

¡No me lo explico!... Picazo, no lo creo... ¿Si será el Marqués?... Jiménez, aun en el supuesto de que Picazo le haya hecho alguna confidencia, tendrá que reservarla, como cumple al verdadero amigo...

ESCENA VII

Carolina. Petra.

PETRA. (Interrumpiéndola; á media voz.) —Un caballero joven y guapo acaba de darme esta carta... (Entregándola.)

CAROLINA.—¿Y usted, por qué la ha tomado?...

PETRA.—Me ha dado la contraseña.

CAROLINA. (Tomando la carta.) —¡Ah, vamos!... (¡Este Picazo qué listo es, y qué eficaz! Si antes llego, antes me escribe...)

PETRA.—Me ha dicho que le lleve la respuesta; me está esperando en la esquina...

CAROLINA. (Comenzando á romper el sobre.) ¿Y cómo ha sabido que usted es mi doncella?

Petra.—Le he visto paseando algunas mañanas por enfrente de casa; se conoce que sabe cuáles son los balcones de la señora; y como yo á lo mejor me asomaba á ellos... Ahora, hace un momento, he salido á por jabón: se me vino encima, y me dijo, dice...: «¿Usted es Petra?» «Servidora», contesté... «De parte de la señorita Carolina, tenga usted»... Y me la dió... (¡Y un duro por el recado!)

Carolina. (Adelantándose algo hacia el proscenio, lee á media voz:)—«Acabo de verte llegar, tan hermosa como siempre. ¡Bendita seas!... Es de todo punto indispensable que hoy mismo nos veamos, momentos después de obscurecer, al final de la calle de Jorge Juan, cerca de Pardiñas. Asunto, gravísimo. No faltes. Te lo ruego por el honor de ambos; por el tuyo principalmente. No faltes. Luis.» (Pausa. Quédase algo pensativa.) ¿Qué será? ¿Si estará relacionado con ese tomo de cuentos que han llevado á «La Peña»?... (Á Petra:) Dígale que haré todo lo posible...

Petra.—¿Nada más?

Carolina.—Ni una palabra más. (Vase Petra. Preocupada.) ¿Qué querrá este hombre?... (Pensativa, y rompiendo la carta, sin tirar los pedazos, vase por la puerta de la derecha.)

TERCERA PARTE

En la calle. De noche. Escasa luz en todo el teatro. Á ser posible, que el telón que sirve de fondo reproduzca una valla de solar.

ESCENA PRIMERA

Picazo.

Acecha en la sombra (debe de haber un punto algo más luminoso, como si reflejara la lùz de un farol de la acera de enfrente) la llegada de Carolina. Viste de chaquet y sombrero de copa.

Aunque Beltrán me ha dado repetidas veces su palabra de honor de que Carolina no sabrá jamás que yo he sido la fuente de las noticias, y aunque me ha asegurado que nada tiene ni tendrá que ver con ella,... ¡yo no me fío!... En achaques de esta índole, no hay palabra de honor que valga. Yo le he dado la mía de que nada pretendo de Carolina, y sin embargo, aquí estoy esperándola... Tengo que resolver dos problemas: el primero, prevenirla; el segundo,... reanudar... ¡Es tan encantadora esa mujer! ¡Qué cuerpo! ¡Qué aire tan distinguido!... ¡Qué sublime dejadez la suya!... Una actriz no lo hubiera hecho mejor... (Pausa. Observa, fijándose, á ver si viene.) Ya no debe tardar... «Haré todo lo posible», ha contestado... Esta cita me recuerda la que ella, de un modo ingenioso, me dió en el camino del Amparo... ¡Qué emoción entonces!... ¡Qué emoción ahora!... ¿Habrá triunfado Antúnez?... ¡Me resisto á creerlo!... ¡No quiero creerlo!... (Mira con atención; se sorprende

y emociona.) ¡Parece ella!... ¡Ella es, sí, con su paso de mujer gallarda!... ¡Me tiembla el corazón cuando la veo!... (Adelántase á recibirla. El punto en que se reunen, es el tenuamente iluminado.)

ESCENA II

Picazo. Carolina.

PICAZO.—¡Adiós, mi reina! (La toma una mano con ambas suyas.)

CAROLINA.—¿Ha esperado usted mucho?

PICAZO.—No te equivoques; háblame de tú. Aun me parece oir aquel «rey mío, no me olvides», que me dijiste en el momento de separarnos...

CAROLINA.—Será verdad... Tengo una idea... Aquella mañana había perdido el juicio... ¡Qué arrepentida estoy!...

PICAZO.—¿Ya no soy tu rey?

CAROLINA.—Espiritual..., quizás. Mi rey absoluto es mi marido. Lo pasado fué una nube de verano. ¡Me trastornaron las aguas!... Hay que olvidarse de aquello.

PICAZO.—¡Ah, si eso fuera posible!...

CAROLINA.—Confieso mi demencia; me arrepiento, y le ruego vivamente que no hablemos más de tan enojoso asunto...

PICAZO.—¡Carolina!... Vamos á cuentas: se ha entendido usted con Antúnez, ó se ha reconciliado con Federico Beltrán?

CAROLINA. (Sorprendida.)—¡Qué dice usted?...

PICAZO.—¡Ni que viviéramos cada uno de nosotros en los confines de Europa!... Usted y su marido han estado quince días en una finca

de Antúnez... ¡Por ahí se dicen cosas muy graves!...

CAROLINA.—¡Qué iniquidad! ¿Es que el haber correspondido nosotros á una invitación, hecha por un hombre respetable, implica necesariamente...? ¿Me cree usted capaz?...

PICAZO.—Yo, desde luego, no. Y porque no creo lo que se dice, he dado á usted esta cita, para prevenirla; pues le advierto que de todo está enterado Federico...

CAROLINA.—¡Y á mí qué me importa Federico?...

PICAZO.—Lo pasado, pasado. La gente asevera que ustedes han sido amantes dos años...

CAROLINA.—¡Eso es una infamia!

PICAZO.—Lo será. De todas suertes, sepa usted también que los que me lo han dicho, añaden que ustedes han concluído; que así lo afirma él...

CAROLINA.—(¡Ahora sí que hemos concluído!) Yo, se lo aseguro á usted, nada he tenido que ver con ese hombre. ¡Ah, si no fuesen una triste realidad mis locuras con usted en Aguas Fuertes!... Puedo jurarle por lo más sagrado, que usted ha sido el primero, y que usted ha sido el último... ¡Qué arrepentida estoy!... ¡Qué media hora, la de aquella mañana, tan fatal!...

PICAZO.—Esta es una cuestión para tratada otro día...

CAROLINA.—Es que no volverá usted á hablarme á solas...

PICAZO.—(¡Cómo pierdo terreno!) ¡Carolina!...

CAROLINA.—He sido honrada, y lo seré en adelante... Bien segura estoy de que nada habrá usted dicho, ni dirá...

Picazo.—(Con la mano en el pecho.) ¡Por mi parte...!

Carolina.—¡Y cómo se han sabido ciertas cosas?... Yo no conozco á nadie, ni nadie me conoce...

Picazo.—Pero Antúnez es conocidísimo.

Carolina.—Antúnez... ¡no puede haber dicho nada!

Picazo.—Pero puede haberlo dicho cualquier otro que haya estado en Aguas Fuertes.

Carolina.—¡Quisiera saber su nombre! Figúrese usted cómo estaré, con sólo decirle que mi amiga María Luisa Fernández no ha hecho más que verme, y preguntarme: «¿Y Picazo? ¿Y Antúnez?»...

Picazo.—¡Ya está explicada la cosa! María Luisa, la de Fernández, tiene relaciones con Emilio Fuentes...

Carolina.—(¡Este hombre lo sabe todo!)

Picazo.—El cual trata á medio Madrid: algo habrá oído á cualquier bañista; se lo ha contado á María Luisa, y María Luisa á usted... Y tanto como María Luisa y usted, tiene que saber Beltrán...

Carolina.—Le repito que nada he tenido que ver con ese hombre: ¿es que se propone usted mortificarme?

Picazo.—Lejos de eso, mi ambición no es otra que llegar á una fórmula de arreglo... No vuelva usted á tratar á Federico...

Carolina. (Con viveza.)—Delo usted por seguro: se guardará muy bien de poner los pies en casa...

Picazo.—Y con el amigo Antúnez, prudencia..., mucha prudencia...

Carolina.—¡Pues no faltaba más! Yo es-

tuve loca en el balneario, no lo niego: las aguas, la ociosidad, el tibio calor del sol, la incesante galantería de usted..., todo eso que ustedes llaman «el influjo del medio», contribuyó sin duda á trastornarme. Pero la lección recibida me deja escarmentada para siempre...

Picazo.—Y como corolario de todo lo dicho, y porque no deben pagar justos por pecadores,... hablemos de mí. (Dulce, amoroso.) Tú sabes, Carolina, que te quiero más que á mi vida...

Carolina.—No siga usted: entre nosotros, todo, menos la amistad, ha concluído...

Picazo.—¡Será posible? ¿Hablas en serio?

Carolina.—Si quiere usted ir por casa, vaya usted; le está ofrecida: mi marido y yo tendremos mucho gusto en recibirle; yo sola, jamás...

Picazo. (Exaltándose algo.) —¿Y aquella flor?... ¿Y aquellas miradas abrasadoras?... ¿Y aquella despedida?...

Carolina.—Todo fué una pesadilla. Haga usted lo que yo: borrarlo de la memoria...

Picazo. (Negando con la cabeza.) —¡Eso no puede ser!...

Carolina. (Suplicante.)—Fío en su hidalguía... ¡No pensemos más en lo pasado!... Herida en mi honor, siendo objeto de murmuraciones graves, á mi no me queda otro recurso que velar por mi honra. Amigos, sí; cuente usted con todo mi afecto...; acaso ningún otro hombre me ha impresionado lo que usted: desde el primer momento de verle me confesé vencida... Pero nada más que amigos... (Muy emocionada.)

Picazo. (Con resignación amorosa.)—¡Tenemos

usted y yo mucha vida por delante!... (Con acento vehemente.) Si no pierdes por completo la memoria, si no eres una ingrata,... decidirá el porvenir... ¿Quién sabe?... Tal vez no tardemos mucho en reanudar unos amores que surgieron á un tiempo espontáneamente en ambos...

Carolina. (Emocionada.)—No pierda usted la esperanza... Sin embargo, deseche usted por ahora toda pretensión... Y, adiós; que aquí me comprometo; puede pasar alguien conocido...

Picazo. (Tomándola la mano, con pasión suplicante.) —No te vayas sin decirme que me seguirás amando...

Carolina.—¡Esa es mi fatalidad! ¡Bien se conoce que lo sabe usted!...

Picazo. (Emocionadísimo.) —¡Háblame de tú!... ¡una vez siquiera! ¡No me acabes de matar!...

Carolina.—Tú eres quien á mí me está matando... ¡Y déjame ya, por Dios!... (Impaciente.)

Picazo. (Con gran pasión.)—¡Adiós, reina mía! (Le pasa el brazo por el talle.) Eres la musa de lo sublime...; la envidia de las bellezas griegas...; cifra y compendio de todo lo divino...; eres Dios; ¡lo eres todo para mí! (Acentúa la presión.)

Carolina. (Un tanto abandonada.)—¡Déjame; déjame!... ¿Quieres volverme loca otra vez?... No amo á nadie en el mundo más que á tí, que eres mi rey, mi sol, mi encanto, mi alegría... Pero... ¡déjame! ¡Vete!... ¡Ve por delante!...

Picazo. (Sin soltarla.)—¿Nos veremos otro día?

Carolina.—¡Sí!... Pero... ¡vete; marcha por delante! (Señalándole el lado derecho.)

Picazo.—¡Adiós! (Oprimiéndola más.) ¡Qué desdicha!...: ¡tener que abandonar este tesoro!... (Sigue estrujándola.)

CAROLINA. (Que ha mirado hacia la izquierda, desiéndose.)—¡Vete, vete á prisa; viene gente!

PICAZO.—¡Adiós! (La da el último estrujón, y se va toda prisa por la derecha.)

(Pausa.—Carolina inicia un movimiento como para irse; ero se detiene sorprendida.)

ESCENA III

Carolina. Beltrán.

Beltrán llega agitado por la izquierda.

CAROLINA. (Sobrecogida.)—¡Ah! (Tratando de reonerse.) ¡Me has asustado!...

BELTRÁN. (Cogiéndola por un brazo con serena indigación.)—¡Cuánto me place encontrarte!... Así ne ahorras que te dé el escándalo en tu casa, donde iba ahora mismo... ¿Quién es ése que ablaba contigo? (Suéltala con leve sacudida de desrecio.)

CAROLINA.—No le conozco...

BELTRÁN.—¡Qué manera tan cínica de nentir!...

CAROLINA.—Te digo que no le conozco. Jn transeunte que se me ha acercado á decirne una flor...

BELTRÁN.—¡Embustera!... Ese hombre hablaba contigo; le conozco, aunque no tan ínimamente como tú...

CAROLINA.—Te aseguro que no sé quién s...

BELTRÁN.—¡Embustera! (Con aire amenazador; nseñándole el puño.) ¡Me dan ganas de ahogarte!... esde la calle de Alcalá os divisaba; y cuando l ha echado á andar, he confirmado lo que

sospeché desde el primer momento: (Redobland las amenazas.) ¡niégame que era Luis Picazo!

CAROLINA. (Con cierta gallardía.)—¿Y qué?

BELTRÁN.—Lo que no he hecho nunca, m vas á obligar á que lo haga hoy... (Poniéndole puño á dos dedos de la cara.)

CAROLINA.—No te exaltes: Picazo y yo no hemos encontrado casualmente.

BELTRÁN.—¡Casualmente!...

CAROLINA.—Y como nos conocemos del bal neario, me ha parado para saludarme.

BELTRÁN.—¡Y abrazarte!

CAROLINA.—Tú estás ciego.

BELTRÁN.—¡Ya te había abrazado en el ca mino del Amparo! ¿Crees que no sé tus ha zañas, Mesalina?

CAROLINA.—(¡Picazo es un traidor!) ¡No m calumnies!

BELTRÁN.—Y las sabe ya medio Madrid, corre de mi cuenta que las sepa todo el mundo.

CAROLINA. (Con viveza.)—Como saben que t has sido mi amante: te has llenado la boca d decirlo...

BELTRÁN.—¿Á quién?

CAROLINA.—Á todos, incluso á Picazo.

BELTRÁN.—¡Eres una solemne embustera!

CAROLINA.—(¡Á Roma por todo!) El mism Picazo acaba de decírmelo.

BELTRÁN.—¡No mientas! Picazo es indign de apelar á ese recurso. Yo no le he dicho nun ca que tú y yo hayamos tenido relaciones.

CAROLINA. (Con viveza.)—¿Pues cómo sab dónde nos veíamos, á qué horas, y otra por ción de detalles que nadie más que tú ha po dido darle?...

BELTRÁN.—Ahora te creo menos...

CAROLINA.—Pues yo te juro por todo lo existente, que Picazo sabe que tú y yo...

BELTRÁN. (Interrumpiéndola excitadísimo.) —Y yo sé que le citaste, y que le diste una flor, y que te insinuabas con el pie, y que, al irse, entró en tu cuarto... ¡y estuvo á solas contigo!

CAROLINA.—¡Picazo es un miserable!

BELTRÁN.—¡Allá te las entiendas con él, como puedes entenderte con Antúnez, con quien has pasado quince días en su finca de Vitoria!...

CAROLINA. (Con viveza.) —Fuí á Vitoria contra mi deseo; Antonio accedió á la invitación de Antúnez para examinar un salto de agua que allí hay...

BELTRÁN. (Con cierto reposo; con serena indignación.) —¡Es inútil que te defiendas!... ¡Harto sé lo bien que mientes!... ¡Cuántas veces tú misma te has alabado de la fertilidad de tu imaginación para inventar embustes!... ¡Se me ha caído, al fin, la venda de los ojos!... ¡Qué imbécil he sido, amándote apasionadamente, á pesar de lo que eres!...

CAROLINA. (Con cierta ternura.) —¡Y yo no te he querido con toda mi alma?...

BELTRÁN.—¡Calla! ¡Hemos concluído para siempre! (Con dignidad.) Y, no lo olvides, han concluído, para siempre también, tus enredos con toda persona bien nacida... De eso me encargo yo: te echaré al arroyo, ¡al arroyo!, donde sólo pueda tenderte la mano algún soldadote canallesco, algún chulo aburrido, algún golfo sarnoso...

CAROLINA.—No me insultes con tanta saña; no te lo consiento. ¡Ojalá no te hubiera querido tanto!...

Beltrán. (Acrecentando cada vez más el acento de la dignidad herida.) —¡Calla, y no me excites más de lo que estoy!... ¡Tienes que ir al arroyo!... ¡Y yo, imbécil, que soñé un día y otro con transformar tu esencia!... Que á mi papel de amante unía el de preceptor... Que he sido tu más fiel consejero, ¡el más interesado en defender tu honra!... ¡Cuán cierto es, fatalmente, que la cabra tira al monte!...

Carolina.—¡Basta ya, Federico!... (Intenta irse, pero él, de una zarpada, la contiene.)

Beltrán.—Has de oirme, ¡aunque no quieras! Y te diré lo que nunca me atreví á decirte, por no mortificarte... Á los diez y siete años, abandonaste á los viejos parientes que te habían recogido, para huir á París con un casado...

Carolina.—¡Yo le tenía por soltero!...

Beltrán.—Te dejó á los pocos meses, y viéndote en cinta, recurriste á todo lo imaginable, de la manera más criminal, hasta destruir en germen el fruto de aquel amor... Perdiste entonces algo más que la vergüenza: el sublime sentimiento de la maternidad... ¡Y Dios te ha castigado: no has podido lograr un nuevo hijo! (Carolina comienza á sollozar.) Luego, de regreso en España, fuiste de unos brazos en otros, conducida por una corredera, como mercancía vil... Secuestrada á la sociedad decente, viviste entre viciosos, y llegaste al extremo de la degradación... Ya no te llamabas Carolina, sino «¡La Cubana!»... (Carolina acentúa los sollozos.) ¡Ah, tus lágrimas ya no me impresionan!... ¡Creí en ellas mientras me forjaba la ilusión de que podías redimirte por el verdadero amor!... ¡Pero tú, que ya lo llevas en la masa de la sangre, no has

nacido para «Dama de las Camelias», cuanto más para Magdalena arrepentida!...

CAROLINA.—¡Por Dios, Federico; no me atormentes más; déjame ir!.. (Llora.)

BELTRÁN.—¡Qué te has de ir!... Y entonces, conociste á ese ultramarino degenerado, tan bestia, que te brindó su blanca... pezuña, y se casó contigo. Y no llevabas tres meses de casada, cuando ya le engañaste con aquel poetilla valenciano, á quien obligaste á ir á Pozo Amargo, donde tuviste tus primeros «éxitos» como «señora de Andreu»... Y luego vine yo, atraído por el azar, ignorante de lo peor de tu historia, enamorado hasta la ceguedad, y tan lleno de buen deseo, que á medida que me fuiste revelando tu pasado, más empeño tomaba en la noble empresa de regenerarte... Te has cansado de mí; tu marido me ha estafado, y ya no me cree materia utilizable: ¡y tú te vas con Picazo, porque Picazo te gusta, y te vas al propio tiempo con Antúnez, por servir á tu marido!....

CAROLINA.—¡Qué cosas me dices! ¡Me estás matando!...

BELTRÁN—¡Ah!... ¡Pero ya no estamos en Aguas Fuertes ni en Vitoria!... ¡Se te acabaron los amantes ingenieros, novelistas y senadores!... ¡¡Tienes que ser lo que has sido!!... Naciste, como el río, en lo alto, que fué aquel casado millonario que te llevó á París; fuiste rodando de peña en peña... hasta dar en un valle, yo, que te brindaba el remanso... De nuevo sigues tu curso, despeñándote, y darás forzosamente en el mar, yendo á confundirte con las demás perdidas que en el mundo son y han sido...

CAROLINA. (Agitadísima y llorosa.)—¡Déjame

ya!... ¿Qué culpa tengo yo de haber sido desgraciada?

Beltrán.—Ahora te irás; ya concluyo. Ese bestia de la pezuña, es un culpable; pero tú también lo eres, más que él. Tú tienes talento natural; no estás exenta de cultura, gracias á mí, principalmente, que te he regalado los libros por docenas... Pero así como hay materias refractarias; á la manera que el aislador de porcelana no participa de la corriente que va por el alambre; así, tú, ¡eres refractaria á las leyes del honor, é incapaz de asimilarte un átomo de vergüenza!

Carolina. (Inicia un movimiento de desvanecimiento.) —¡No puedo más! (Cáese al suelo, con cierta suavidad.)

Beltrán. (Mirándola.)—¡Todavía tengo caridad!... ¡No quiero que seas peor que un perro!...

(La recoge y, arrastrándola, ó como pueda, la retira de la escena. Ella deja en el suelo el abanico.—Pausa.)

ESCENA IV

Beltrán.

Vuelve agitadísimo, en busca del abanico; habla buscándolo.

¡Cuánto la odio!... ¡Quisiera bailar alrededor de su cadáver!... ¡Aquí está! (Recoge el abanico y se lo guarda en el bolsillo del pecho.) Pero me duele odiarla, porque esa es señal de que aun la quiero... ¡Es hora ya de tener alma!... He venido siendo juguete de ese matrimonio... La he dejado en la portería de la primera casa que he encontrado... (Pausa.— Emocionándose gradualmente en otra forma.) ¡Todavía siento la emoción de su contac-

to!... Pálida, con los ojos entornados, abandonada completamente á sí misma, con los miembros inertes... ¡me ha parecido más hermosa que nunca!... ¡Dios mío!, (Con emoción grandísima, sollozante.) ¿qué cosa es amor? ¿Será posible que aun me atraiga la mujer á quien acabo de recordar su ignominiosa historia? ¡No; no quiero amarla! ¡La maldigo! ¡La echaré al arroyo!... ¡Todo, todo será posible menos que esa mujer vuelva á ser mía!... ¡ni de nadie!... ¡¡ni de nadie!!... (Pausa.—Reponiéndose.) Picazo ha faltado á su palabra... ¡Y yo á la mía!... ¡Pero su conducta es desleal! Yo he roto definitivamente, y él la sigue requiriendo... (Exaltándose.) ¡Esta noche le mando los padrinos!... Y al señor Antúnez... ¡oh, á ése le reservo la más estupenda de las sorpresas!... (Inicia un movimiento de marcha; llévase la mano al pecho; choca con el abanico, y entristecido, lo saca y lo mira.) ¡El último que yo le regalé!... ¡Si pudiera hablar!... ¡Pero no... no...! (Lo estruja nerviosamente. Con profunda emoción melancólica.) ¡Desgraciadamente, contaría las confidencias de Antúnez y de Picazo!... (Acongojado, vase por la derecha.)

Fin del acto segundo.

ACTO TERCERO

PRIMERA PARTE

El gabinete de los señores de Andreu, ya conocido.

ESCENA PRIMERA

Andreu. Carolina.

Carolina con una lujosa bata «cocottesca»; discute con gran calor. Andreu, en traje de americana, ordinario; muestra gran contrariedad é indecisión.

CAROLINA.—Debiste haberlos buscado anoche mismo, y lo dejaste para hoy por la mañana; son las cuatro de la tarde, y aun no has ido...

ANDREU.—Te he dicho que iré, mujer.

CAROLINA.—Pues dímelo andando... Á los dos les rompes el alma... ¿Lo entiendes bien?... ¡á los dos!...

ANDREU.—Te he dicho que sí, mujer...

CAROLINA.—Porque los dos me han difamado por igual, que es como si te hubieran difamado á tí... Mi honor es el tuyo... ¿Qué dirá Antúnez, si se entera de tu cobardía?

ANDREU.—No dirá nada, porque iré...

CAROLINA.—Pues anda, anda... Eso no puede quedar así: si tú no mantienes dignamente nuestra honra; si consientes que dos mentecatos nos escarnezcan, el primero en despreciarte será Antúnez.

ANDREU.—(¡Maldita sea mi suerte!) ¿Pero no

comprendes que si me desafían me ponen en el mayor compromiso?

CAROLINA.—¡Estoy avergonzada de tener un marido tan cobarde como tú!...

ANDREU.—¡No me insultes!... (Amenazador.) ¡Mira que...!

CAROLINA. (Encarándosele.)—¡Qué?

ANDREU.—Lo que te digo es que no sé disparar una pistola ni manejar una espada... Yo soy hombre de negocios, y nada más...

CAROLINA.—Pero un hombre de negocios que tiene un poco de dignidad personal, no necesita saber esgrima para dar un garrotazo.

ANDREU.—¿Y si á mí me dan otro?

CAROLINA.—El que da primero, da dos veces... ¡Ya verás cómo no vuelven á insultarnos!... ¡Si yo fuera hombre!...

ANDREU.—¡Bastante harías tú!

CAROLINA.—¡Más que tú!

ANDREU.—¡Déjame en paz!

CAROLINA.—Te llaman «consentido»: ¿no se te enciende la sangre?... ¿Qué dirá Antúnez cuando lo sepa?

ANDREU.—Me voy, porque prefiero pegarles á ellos á pegarte á tí...

CAROLINA.—¡Así me gustas!... ¡Anda, Antonio!... (Con cierta dulzura, dentro del estado de ánimo excitadísimo en que se halla.) No te dé cuidado: la razón está de tu parte,... y nada infunde más bríos que la razón... Bébete un par de copas de coñac; llévate el palasan, y no vuelvas sin haber descalabrado á esos canallas...

ANDREU. (Yéndose hacia la puerta del fondo, seguido de Carolina.)—(¡Maldita sea mi suerte!... ¡Si no fuera por Antúnez!...)

(Salen ambos.—Pausa.)

ESCENA II

Carolina.

Vuelve al cabo de un rato, un tanto calmada.

Me temo que le descalabren á él..., como pasó en Bruselas el verano pasado con un pretendiente ruso que me salió de improviso... (Pausa breve.) ¡Qué canalla Federico!... Me dejó en un portal, como quien deja una cosa que no sirve... ¿Qué diría la portera?... ¡Y qué miserable el tal Picazo!... ¡Haberlo contado todo, todo!... ¡Y yo, grandísima boba, que le creía decente, y le despedí dándole esperanzas!... Se lo ha contado á Federico; Federico á Emilio, y Emilio á María Luisa... ¡Me alegraré que les rompa el alma!... (Poniendo atención, porque ha oido el timbre.) ¿Quién será?... ¡Y yo todavía sin vestir!... (Sale escapada por la puerta de la derecha.)

ESCENA III

Antúnez. Petra.

Antúnez, en traje de levita. En cuanto entra lo examina todo con satisfacción, como si todo le fuera muy agradable.

PETRA. (Al entrar, detrás de Antúnez, como si ya la conversación estuviera iniciada.)—Debe de estarse vistiendo...

ANTÚNEZ.—Me recibirá; será lo más probable: dígale que está aquí el señor Antúnez; que salga de cualquier modo...

PETRA. (Yéndose á la puerta de la derecha.)—(¡Quién

será este tío?) Vuelvo ahora mismo... Tenga la bondad de sentarse. (Desaparece.)

ANTÚNEZ. (Examinándolo todo.)— No está mal puesto este gabinete... (Aspirando.) Hay aquí buen olor... ¡Ella es tan aficionada á los perfumes!...

PETRA. (De vuelta.)—La señora viene en seguida; se está vistiendo... Siéntese, señor, si gusta...

ANTÚNEZ.— Muchas gracias; estoy bien... (Petra inicia un movimiento de retirada hacia la puerta del fondo.) Oiga; no se vaya... Vuelva usted á la señora, y dígale que salga de cualquier modo; que me dispense, pero que tengo prisa... Aunque sea en bata.

PETRA. (Yéndose hacia la puerta de la derecha.)— Está bien, señor... (¡Quién será este tío?...) (Desaparece.)

ANTÚNEZ. (Mirando un retrato que halla sobre uno de los muebles, medio oculto por cualquier «bibelot». Lee:) —«Para Carolina. Su mejor amigo, Federico.» ¡Este es Federico Beltrán!... (Deja el retrato donde estaba.)

PETRA. (De vuelta.)—Ahora mismo sale la señora... (Retirándose hacia el fondo.) ¿Manda algo más el señor?...

ANTÚNEZ.—No; nada más. Gracias.

(Petra inclina la cabeza y desaparece por la puerta del fondo.)

ESCENA IV

Antúnez. Carolina.

CAROLINA. (Mirándole complacida desde el marco de la puerta; está acabando de abrocharse, con gran coquetería, la bata.)—¡Ya era hora, señor Senador!

ANTÚNEZ.—Eso mismo digo yo. ¿Por qué

no has salido antes?... (Yendo hacia ella; tómala de la mano, y la conduce amoroso al centro de la escena.)

CAROLINA.—Cuando llamaste, comenzaba á quitarme la bata, para vestirme; sólo que por complacerte he dejado de hacerlo, y he vuelto á echarme la bata... ¡El tiempo justo!

ANTÚNEZ.—¿Has descansado? Te encuentro algo pálida y ojerosa...

CAROLINA.—Estoy bien; ¿y tú?

ANTÚNEZ.—Perfectamente. ¿Y Andreu?

CAROLINA.—Ha salido hace un momento... Ése, ya lo viste, durmió como un ceporro...

ANTÚNEZ. (Regocijado; poniéndola una mano en un hombro.)—¡Chica! ¡Qué marido! ¡Es ideal!...

CAROLINA.—Siempre te dije que es un hombre muy bueno... ¿Quieres sentarte? (Le ofrece asiento á su derecha, en el sofá. Siéntanse ambos.)

ANTÚNEZ.—Buenísimo; irá á la gloria: bienaventurados...

CAROLINA. (Sonriendo.)—¡Qué cosas tienes!... No me gusta que seas impío... Díme otra cosa, mi rey: (Poniéndose gazmoña.) ¿Por qué no viniste anoche?

ANTÚNEZ.—Me fué imposible...

CAROLINA.—Yo creí que la palabra «imposible» te era desconocida, tratándose de mí...

ANTÚNEZ.—Tuve que comer con Paco; la sobremesa duró dos horas...

CAROLINA.—¡Ya, ya!...

ANTÚNEZ.—¿Te enfadas?

CAROLINA.—Por esta vez... perdonado. ¡Pero no reincidas!... ¡Qué enamorada me tienes!...

ANTÚNEZ.—Y tú á mí... ¡Cuidado que estás hechicera con esta bata!... ¡No la conocía!...

CAROLINA.—¡Tantas cosas tengo que no conoces!...

ANTÚNEZ.—Ya me figuro que muchas... Pero, díme: ¿tu marido sigue tan satisfecho de mí como lo estaba en Vitoria?

CAROLINA.—Si fuera posible, más: te pone en las nubes; tiene de tu proceder un concepto elevadísimo; te considera incapaz... ¡Y como de mí, de sobra sabe él que nunca le he faltado!...

ANTÚNEZ.—¿Ni con Picazo?

CAROLINA.—¡Y dale con Picazo!... Te advierto que le he cobrado odio mortal...

ANTÚNEZ.—Es un chis garabís; no se le debe tomar en serio...

CAROLINA.—Es más malo de lo que tú te imaginas.

ANTÚNEZ.—¡Qué!... ¿Le has visto? ¿Te ha dicho algo?

CAROLINA.—He sabido que anda desacreditándome; diciendo que obtuvo de mí...

ANTÚNEZ. (Interrumpiendo.) — Aunque fuera cierto, no debía decirlo...

CAROLINA. (Con viveza.) — ¿Cierto? Precisamente porque no lo es. Se ha enterado de nuestro viaje á tu finca; da por seguro que tú y yo nos entendemos, y lo ha dicho en «La Peña», pintándome á mí como una cortesana despreciable... ¿Te parece el mentiroso?...

ANTÚNEZ.—Lo mejor es no hacer caso. Los escritores tienen lengua de hacha; son naturalmente envidiosos, y hablar mal de todo el mundo les es tan indispensable como dormir y comer...

CAROLINA.—¡Y yo que le creía un caballero!...

ANTÚNEZ.—Picazo no es más que un pedante irresistible: se cree más conquistador que Hernán Cortés; las mujeres que le miran, se ena-

moran de él y se vuelven tísicas de tanto amarle... (Mira el retrato de Beltrán.)

CAROLINA.—¡Valiente majadero!...

ANTÚNEZ.—¡Completo!... No sabía yo que fuese amigo tuyo Federico Beltrán...

CAROLINA. (Algo desconcertada.)—¿Le conoces?... ¿Por qué me lo preguntas?...

ANTÚNEZ.—No le trato; pero le conozco mucho de vista y de oídas: tira muy bien, sobre todo á espada francesa; y como fotógrafo, aseguran los inteligentes que es el primero de los aficionados españoles...

CAROLINA.—No lo hace mal...

ANTÚNEZ.—¿Está hecho por él ese retrato?...

CAROLINA. (Contrariadísima.)—¡Ah, lo has visto?... (Levantándose; lo toma y lo trae.) Pues aquí tienes otro canallita! (Rompiéndolo.) ¡Mira lo que le estimo! (Arroja al suelo desdeñosamente los pedazos.)

ANTÚNEZ.—¿Por qué haces eso?

CAROLINA.—Porque no quiero volver á verle ni en pintura, ni que le veas tú...

ANTÚNEZ.—¿Crees que tengo celos?...

CAROLINA.—Serías injusto.

ANTÚNEZ.—Has debido conocerme: á mí no me extraña que, siendo guapa como lo eres, tengas admiradores; estoy por decirte que lo celebro: lo único que te pido, es que seas juiciosa: que te admiren, pero que no te apetezcan.

CAROLINA.—¡Pierde cuidado! ¡Ya ves el caso que hago de mis admiradores!... (Señalando los pedazos del retrato.) No quiero á ninguno más que á tí, y cada hora que pasa te quiero más... ¡Eres mi rey!... No desvío de tí mi pensamiento un minuto. ¡Si supieras qué mañana he pasado!... ¡Creí que vendrías!...

ANTÚNEZ.—Yo también he pensado mucho en tí...

CAROLINA.—¿De veras?

ANTÚNEZ.—De veras. Y no he venido por no dar que sospechar...

CAROLINA.—¿Á Antonio? No sospecha, ni esto. (Señalándose la punta de la uña.)

ANTÚNEZ.—Sin embargo...

CAROLINA.—¡Déjate de preocupaciones!... (Gazmoña.) Ya sabes que quiero que vengas todos los días... Porque eres mi rey, mi sol, mi encanto, mi alegría... (Óyese el timbre. Reponiéndose.) Debe de ser María Luisa. Escóndete aquí, que no te vea... (Le indica la puerta de la derecha.)

ANTÚNEZ. (De pie; vacilante.)—¿Y por qué no?

CAROLINA. — Compláceme; te lo ruego. (Llevándoselo.)

ANTÚNEZ. (Cediendo.)—(¡No me lo explico!)

CAROLINA. (Invitándole á que entre.) — Se irá en seguida.

(Antúnez entra y cierra la puerta; pero dejando un dedo de abertura, por la que se supone que ve y oye la escena siguiente.)

ESCENA V

Carolina. Andreu*. Petra, á lo último.

Vuelve Andreu todo descompuesto, con el sombrero algo ladeado y la frente ensangrentada, así como el pañuelo, que lo trae en la mano izquierda; en la derecha, el bastón.

ANDREU. (Desde el marco de la puerta. Muy indignado.) —¡Maldita sea mi suerte... y maldita seas tú!... (Entra algo.)

---

* Del modo de presentarse Andreu depende el éxito de esta escena: el papel de «cornudo y apaleado» más se presta á la risa que á otra cosa: Andreu, en sus actitudes, en el gesto,

Carolina.—¡Qué barbaridades dices? (¡Viene herido!)

Andreu.—Que si no fueras lo que eres, no me vería en estos trances!

Carolina.—(¡Dios mío, si le oye Antúnez!) ¡Pero qué te pasa?... ¡Cálmate, Antonio!... (Queriendo llevárselo del brazo.) Ven á tu cuarto.

Andreu. (Desasiéndose.)—¡Déjame!... No he hecho más que salir, y me los encontré á la puerta de la horchatería, con dos amigos, todos ellos tan contentos...

Carolina. (Interrumpiendo; intenta llevárselo.)—Ven á tu cuarto...

Andreu. (Enojadísimo; pero sin exasperarse.)—¡Te he dicho que me dejes!... ¡Buena estás tú!... Les pedí explicaciones, y Beltrán, después de llenarme de insultos, ya ves lo que me ha hecho: ¡abrirme la cabeza!... (Mira colérico á su mujer.)

Carolina.—(¡Qué compromiso!) Ven, vamos... (Intenta de nuevo tomarle por un brazo.)

Andreu. (Amenazador, iracundo.)—¡Déjame, no me toques!...

Carolina.—(¡Nunca le he visto así!) ¿Te has vuelto loco?

Andreu. (Con tristeza, mezclada con profunda indignación.)—¡No me has dado un día alegre, desde que estamos casados!... Hace un año, en Bruselas; ahora en Madrid!... ¡Siempre comprometiéndome con tus liviandades!...

Carolina.—¡Llamas liviandad á la calumnia!...

Andreu.—¡No me subleves más de lo que

---

en la expresión, en una palabra, en todo, debe obtener de los expectadores una impresión de relativa conmiseración hacia él; jamás la nota festiva á que muchas veces da lugar la presencia inopinada de un apaleado.

estoy!... ¡Qué amarga me has hecho la existencia!... Primero con Beltrán; luego con Picazo; ahora con Antúnez... ¡Y todo en un par de meses!...

CAROLINA.—¡Me indigna el oirte! ¿Quieres pagar conmigo tu pobreza de alientos? ¡Ah, eso no! ¡Yo no soy responsable de que te falte valor!...

ANDREU.—¡Ni yo debo de ser víctima de tus perfidias!... Y no me insultes, porque lo que no he podido hacer con tus queridos... (Pónese amenazador.)

CAROLINA.—Llamas queridos á los que me calumnian: ¡vaya un modo gallardo de paliar tu cobardía!...

ANDREU. (Exaltado.)—¡Carolina!... (Amaga con el bastón.)

CAROLINA. (Altiva, á cierta distancia.)—¡Cobarde!

ANDREU.—¡Maldita seas! (Vase hacia ella, iracundo, para pegarle; y ella, al ver la resolución inusitada en Andreu, huye llena de pavor, refugiándose en su cuarto, cuya puerta—la de la derecha—cierra herméticamente. Andreu queda mirando la puerta, y habla en el mismo tono de voz, con las inflexiones propias de la amarga indignación de que se halla poseído.) ¡Así te parta un rayo, adúltera insaciable!... ¡Quién había de decírmelo!... ¡Yo, que te redimí; que te saqué del lodazal en que vivías!... ¡Debieras besar el terreno que yo piso!...

PETRA. (Con un frasquito en la mano, como si acabara de llegar de la botica. Se lo ofrece.)—El árnica...

ANDREU. (Toma el frasco bruscamente, sin mirar á Petra; yéndose hacia su cuarto; puerta de la izquierda.)—¡Maldita sea mi suerte!... (Entra, y cierra violentamente la puerta.)

PETRA. (Desde la puerta del fondo, dando señales de gran extrañeza.)—¡Si se habrá vuelto loco?... ¡Nunca le he visto así! (Vase.)

ESCENA VI

Carolina. Antúnez.

Salen discutiendo con viveza; Antúnez, con grave y desdeñosa indignación, trata de ganar la puerta del fondo; Carolina, nerviosísima y profundamente contrariada, forcejea por detenerle, anteponiéndose á él.

ANTÚNEZ.—¡Te digo que me voy!

CAROLINA.—No; no te vas sin oirme... Yo te lo explicaré todo; nada más fácil...

ANTÚNEZ.—Me voy..., te he dicho. ¡Si la escena dura un momento más, no sé si habría podido contenerme!

CAROLINA.—¡Pero tú crees al imbécil de mi marido?

ANTÚNEZ. (Queriendo desasirse.)—¡Suéltame!... Él es un miserable; y tú... ¡cualquier cosa!... ¡No hay más que verte la traza!...

CAROLINA.—Daniel, ¡por Dios!, ¿qué motivos te he dado para que me insultes?... ¡No seas así!... ¡Óyeme!... (Esforzándose por detenerle.)

ANTÚNEZ.—¿Por quién me has tomado? (Plantándose con grave dignidad.) ¿Crees que conmigo se juega impunemente? (Avanza algo.)

CAROLINA. (Afrontándole; esforzándose por retenerle.)—No te vayas; ven á mi tocador...

ANTÚNEZ. (Plantado; un tanto amenazador.)—¡Déjame salir!... ¡No quiero nada contigo!

CAROLINA. (Sollozante; desesperada; haciendo el último esfuerzo por retenerle, ya cerca de la puerta del fondo, á la que da la espalda, mientras que Antúnez está de frente á dicha puerta.)—¡Me juzgas mal sin pruebas!... ¡Qué desgraciada soy!... ¡Qué injusto eres!...

(Pausa.—Beltrán aparece en el marco de la puerta del fondo.)

ESCENA VII

Dichos. Beltrán.

Beltrán quédase suspenso; notásele profunda emoción, que trata de disimular. Antúnez queda también suspenso. Entre ambos crúzase una mirada breve, que denota contrariedad, más que repulsión. Carolina, advirtiendo en el acto la sorpresa de Antúnez, vuelve la cara, y, al ver á Beltrán, se sobrecoge de espanto, tratando en seguida de reponerse.

ANTÚNEZ. (Al ver al recién llegado.) —(¡Beltrán!)

CAROLINA. (Tratando de reponerse.) —¿Con qué permiso ha llegado usted hasta aquí? (¡Qué fatalidad!)

BELTRÁN. (Sereno, digno; mostrando un llavín.) —Con el que me da ser dueño de la llave de la casa...

CAROLINA. (Con cierto imperio.)—¡Retírese usted inmediatamente!...

BELTRÁN. (Con sonrisa vaga, mirándola de hito en hito.) —Me voy en el acto; y como no pienso volver, ahí dejo estas cosas que de tí tenía... (Mostrando un paquetito, y dejándolo sobre el mueble más inmediato á Antúnez.)

ANTÚNEZ. —Buenas tardes... (Inicia un movimiento; Carolina le afronta.)

BELTRÁN. (Haciéndole leve inclinación de cabeza á Antúnez.) —Permítame usted que le preceda... (Desaparece.)

ESCENA VIII

Carolina. Antúnez.

Antúnez se ha precipitado sobre el paquete, el cual contiene retratos y cartas.—La escena, rapidísima.

CAROLINA. (Con imperio.)—¡Dámelo! ¡No lo veas!...

ANTÚNEZ. (Con gesto despreciativo; digno.)—¡Después de lo que he visto!... (Deshace el paquete.)

CAROLINA. (Tratando de arrebatárselo.)—¡No lo veas!...

ANTÚNEZ. (Defendiéndose, tira la envoltura al suelo sin mirar.)—¿Pretendes luchar?

CAROLINA. (Esforzándose por arrebatarle los retratos y papeles.)—¡No veas nada, no quiero!

ANTÚNEZ. (En un supremo esfuerzo, logra poner los ojos en lo que está á la vista, un retrato, que se supone al desnudo; y dando señales de gran sorpresa á par que de repugnancia, dispara todo cuanto tiene en la mano sobre el cuerpo de Carolina.)—¡Tiene razón tu marido! ¡Te desprecio! (Vase rápidamente por la puerta del fondo.—En el mismo momento de desaparecer Antúnez, Andreu abre su puerta, y quédase en el marco de la misma, suspenso, mirando de hito en hito á Carolina.)

ESCENA IX

Carolina. Andreu.

Carolina queda un momento indecisa; intenta seguir á Antúnez; pero la vista de los objetos esparcidos, la retiene. Opta por recogerlos. Y al comenzar á hacerlo, es cuando nota la presencia de Andreu, que la mira indignado desde el marco de la puerta.

ANDREU. (Con la cabeza vendada; desconcertado; en el acto de abrir su puerta.)—(¡Creo haber oído la voz de Antúnez!...) (Mirando los objetos, el desorden de los muebles, la actitud vacilante de Carolina:) ¿Qué pasa aquí? ¿Qué es esto?... (Carolina intenta recoger los objetos.—Entra un poco en escena; enséñala el puño, amenazador.) ¡No toques nada! (El uno y la otra, sin moverse, mirándose iracundos, permanecen un momento suspensos.)

CAROLINA. (Con imperio; esforzando la voz, el ademán, todo.)—¡Vete!

ANDREU. (Frenético.)—¡Tú sí que te vas á ir, si te dejo! (Muéstrala ambos puños; mírala tan fuera de sí, que ella, aterrorizada, huye y se refugia en su cuarto, que cierra herméticamente.)

ESCENA X

Andreu. Petra (un momento).

Andreu queda durante un rato mirando la puerta, exaltado é indeciso. Al fin decídese á recoger los objetos esparcidos, en ninguno de los cuales se ha fijado todavía. A medida que los coge hace signos muy expresivos de profunda sorpresa.

ANDREU. (Después de haberlo recogido todo, esto es, seis ú ocho retratos y algunos papeles. Lee una esquelita:)—«El idiota se va esta tarde á Sevilla... No faltes...» (Déjase caer, abatido, en el sofá.) ¡Mía es toda la culpa!... (Con amargura.) Al fin, ya le consta á ella que sé... ¡lo que ya sabía!... Sabía que mi mujer, antes de casarse, se llamaba *¡La Cubana!*... ¡Sabía que á mi edad...! ¡Y fuí tan idiota que me casé!... ¡Ah!... ¡si poseyera el sentido práctico que yo!... Esfuerzos inauditos costóme que simpatizara con Antúnez... ¡Ella propendía irresistiblemente al novelista!... Á lo hecho, pecho, me dije muchas veces,... y tuve que saber... hacerme el indiferente... Yo sé... ¡lo que sé!... Pero aun no estoy tan profundamente envilecido, que pase de buen grado por que ni ella ni nadie crea que me resigno sabiéndolo... ¡No; no me resigno!... ¡Ya esto es demasiado!... (Mirando con tristeza los retratos, etc., que tiene en una mano.) ¡Á mi bondad infinita, á mi eterno encogimiento de hombros, ¿cómo corresponde ella?... Y para mayor escarnio, ésto,

(Alude á los retratos.) que ella sabe que tengo ahora en mis manos!... ¡Qué idiota, qué idiota he sido!... ¿Por qué me casé?...

PETRA. (Desde la puerta del fondo.)—¿Da permiso el señor?

ANDREU.—¿Qué hay?...

PETRA. (Entregando.)—Esta tarjeta, que acaba de subirla la portera.

ANDREU. (Tómala sin mirarla. Á Petra, con sequedad y sin volver la cara:)—¡Váyase! (Sale Petra.) ¿Por qué me casé?... (Mira la tarjeta, y lee:) «En la misma portería de su casa le pongo estos renglones para decirle que mi dignidad me veda volver á tratar á ustedes»... (Acentúa poco á poco las señales de sorpresa é indignación.) «Téngame por desligado de todo proyecto de negocio con usted. Daniel Antúnez.» (Quédase suspenso un momento; mira alternativamente la tarjeta y los retratos; exáltase gradualmente, hasta rayar en frenesí.) ¡No quiere nada con ella!... ¡Habrá visto lo que yo!... (Levantándose.) ¡Esta mujer me ha perdido!... (Sitúase en medio del gabinete; mira, como loco, la puerta cerrada de Carolina; extiende ambos brazos, cerrando los puños.) ¡Ahora sí que la mato!... (Toma velocidad, y déjase caer con toda la fuerza de su indignación contra la puerta, la cual cede y se abre por la violencia del empuje. Entra Andreu. Al cabo de un par de segundos, óyese adentro un grito agudísimo de Carolina.)

SEGUNDA PARTE

Á la caida de la tarde. En la calle de Serrano, á la puerta de una horchatería.

ESCENA PRIMERA

Beltrán. Costa. Una Camarera. Después **Picazo** y **Jiménez.**

Beltrán y Costa salen del interior de la horchatería, con sendas sillas en las manos, y detrás de ellos, la Camarera, con un veladorcito.

COSTA.—Estaremos mejor al fresco... (Á la Camarera, señalándole el sitio donde debe poner el velador:) Aquí, vida mía.

CAMARERA. (Colocándolo.)—¿Está bien?

COSTA.—Muy bien; aunque no tanto como tú lo estarías á mi lado. ¿Quieres que nos retratemos juntos?... (Sentándose. También lo hace Beltrán, á su derecha.)

CAMARERA.—No, que se puede usté manchar... (Á Beltrán:) ¿Qué va á ser, señorito?

BELTRÁN. (Cabizbajo y tristón.)—Cerveza.

CAMARERA.—¿Grande, ó chica?

COSTA.—Grande, mujer; eso no se pregunta.

CAMARERA.—Va en seguida. (Vase.)

COSTA. (Reconviniendo con cierta energía.)—¡Basta ya de murria!... ¡Ni que fueras un chico de quince años!... ¿Crees que vale esa... ¡escoria! un cuarto de hora de mal humor?

BELTRÁN.—No me hables: prefiero no recordarla; porque me exalto, y... ¡te lo juro!... me indigno conmigo mismo.

(Llega la Camarera con el servicio.)

COSTA.—¡Duro con ella! ¿Verdad, Virginia?...

CAMARERA. (Disponiendo el servicio.)—Ya le he dicho á usté que no me ponga motes...

COSTA.—No te enfades, Concepción.

CAMARERA.—Me llamo Sebastiana...

COSTA.—Decíamos, que á las mujeres malas, ¡leña y más leña!...

CAMARERA. (Sirviendo.)—Y á los hombres malos...

COSTA.—¡Eso!...

CAMARERA.—¡Como que vamos á pagar únicamente las mujeres!... ¡Si al menos ustedes fueran otros!... (Inicia un movimiento de retirada; pero llega Picazo, y se queda.)

PICAZO. (Llegando.)—¡Adiós, señores!... ¡Bendita seas, Virginia!... Tráeme una sillita, prenda...

(La Camarera vase por ella, y vuelve en el acto. Picazo se sienta á la derecha de Beltrán.)

CAMARERA.—¿Va á tomar algo el señorito?

PICAZO.—Cerveza. Y, si tú quieres... ¡Vaya una boca de grana que Dios te ha dado!... (La Camarera vase.—Á Beltrán:) ¿Cómo va el asunto?...

BELTRÁN.—¡Phs!... (Encogiéndose de hombros, tristón, meláncolico, pensativo.)

COSTA. (Á Picazo:)—¡Está imposible! (Á Beltrán:) Mira, Federico; haz el favor de hablar; ¡no seas incivil!...; ¡no seas cadete!... Cuéntale á Picazo lo de ayer tarde...

PICAZO.—¿Hay novedades?

(Pausa.—La Camarera, que ya ha venido con el servicio, se halla descorchando la botella.)

COSTA.—Así... con tirabuzón, (Aludiendo al de la Camarera.) hay que irle sacando del cuerpo las palabras...

BELTRÁN. (Á Picazo:)—Éste, (Por Costa.) ya sabe usted lo que es: un hombre que no siente ni

padece; que todo le importa un bledo, y que todo lo trata con el mayor desenfado...

COSTA. (Á Picazo:) —Ya lo sabe usted... por si no lo sabía... (Vase la Camarera.)

PICAZO. (Á Beltrán:) —Le conozco, le conozco algo. Pero, amigo Beltrán, no me parece bien ese abatimiento... Se le nota á usted...

BELTRÁN. (Con mal disimulada tristeza.) —No estoy abatido; no me pasa nada...

PICAZO.—¡Algo le pasa á usted!...

BELTRÁN.—Que si hablo, temo desbordarme...

COSTA. (Con energía.) —Pues habla y desbórdate... ¡Si es lo que tú necesitas!... ¡desahogo!... (Afectuoso.) Anda, cuenta lo de ayer...

PICAZO.—¡Sí, hombre; cuéntelo usted!...

BELTRÁN.—Subí á la casa...; abrí con la llave que yo tenía...; la sorprendí disputando con Antúnez...; dejé algunos retratos y cartas de Carolina..., y salí... (Va emocionándose gradualmente.) Y Antúnez salió poco después...; escribió en la portería una tarjeta á Andreu..., y al cabo de diez minutos, ella salía también, dando gritos, echada á coces por el bestia del marido...

COSTA.—¡No le llames bestia! Esta vez ha sido un caballero...

BELTRÁN.—Y por si Carolina se refugiaba en casa de María Luisa, Andreu estuvo á ver á Fernández,... le contó horrores de ambas... y —¡esto lo siento por el pobre Emilio, que está todavía en Badajoz!—también Fernández arrojó de su casa violentamente á su mujer... (Con cierta aflicción.) ¿Dónde habrán pasado la noche las amigas? (Quédase cabizbajo.)

PICAZO. (Con asombro.) —¡Pero todo eso es exacto?

Costa.—Lo que usted ha oído.

Picazo. (Á Beltrán:)—¡Que enormidad!... ¡Pues está usted vengado con creces!...

Costa.—Y ahora, lo que hay que evitar es que Carolina se reconcilie con Andreu.

Beltrán. (Nervioso; exaltándose algo.) — No; no lo pienses... Yo lo evitaría... Pero no será necesario que yo intervenga...

Picazo.—¡Cálmese; no se excite tanto!

Beltrán.—Todavía si Antúnez hubiera persistido!... Pero habiéndose retirado tan dignamente,... ¿para qué quiere Andreu á su mujer, si ya no le sirve para su negocio!..., ¡para «la vida práctica», como él dice!... (Vuelve á quedar cabizbajo.)

Costa. (Llamando con las palmas; la Camarera acude en el acto.)—Tráete otra sillita, ingrata, que viene el Sr. Jiménez. (La trae en seguida.)

Jiménez. (Llegando por la izquierda.)—¡Salud, señores!

Picazo.—Tú siempre el último...

Jiménez.—El último... ¡por traer una noticia!... (Á la Camarera, que acaba de llegar con la silla, y la tiene en la mano:) ¿Me quieres mucho, Virginia?

Camarera.—¡La han tomado ustedes con Virginia!...

Jiménez. (Mirándola con malicia.)—¡Vaya... calor!...

Camarera.—¡Se va usté á sofocar!...

Jiménez.—¡Vayan... castañas... pilongas!...

Camarera.—No me gustan; son muy duras.

Picazo.—Aquí no te defiende nadie más que yo... ¡Venga cerveza para el Sr. Jiménez! (La Camarera vase, y vuelve al momento con el servicio. Jiménez se sienta á la izquierda de Costa; quedando, pues, en este orden: Jiménez, Costa, Beltrán y Picazo.)

Picazo. (Á Jiménez:)—¡La noticia!...

JIMÉNEZ.—¡Ah!, ¡es verdad!... Contemplando á Virginia, (La cual acaba de llegar y se dispone á servirle.) me olvido de todo... (Á ella:) ¡No sabes tú lo mucho que yo te quiero!... Casa, ropa, treinta duritos al mes, baños de mar en verano, y chimenea en invierno...

CAMARERA.—Eso, para las señoras; las pobres no tenemos frío ni calor... (Vase.)

PICAZO. (Á Jiménez:) —Eduardo, la noticia.

JIMÉNEZ. (Á los tres; con acento misterioso:) —He venido... ¡siguiéndola!

BELTRÁN. (Emocionado.) —¿Por dónde?...

JIMÉNEZ.—Por aquí cerca... (Señalando á la izquierda.) Marchaba despacito; como preocupada; y se metió en una casa próxima á la esquina... (Señala de nuevo á la izquierda.)

BELTRÁN.—¿De modo que venía hacia acá?... (Como meditando.) ¡Oh, si pasara!... ¡Qué ocasión!... (¡Debo cumplir mi palabra!)

COSTA. (Á Beltrán:)—¿Qué se te ocurre?

BELTRÁN.—Nada... (Excitándose.) Aquí, en medio de la calle, la llenaría de insultos...

PICAZO.—¡Hombre!...

BELTRÁN. (Excitándose algo más.) —¡Qué? ¿No es una mujerzuela despreciable?... ¿Le queda algún residuo de señora,... si alguna vez lo fué?... ¡Qué razón hay para que á esta pobre camarera se la asaete con todo género de pullas y atrevimientos, y no se le diga otro tanto á la que un día era designada con el mote *La Cubana*?

PICAZO.—¡Por mí!...

COSTA.—¡Estás en lo firme, Federico! También yo la insultaría... Á cada cual se le dice lo que se merece; y ésa merece que se la escupa... (Beltrán, concentrando el pensamiento, revela por su actitud que acaricia la idea de una venganza.)

JIMÉNEZ. (Aparte á Costa:) —No le excite usted más de lo que está.

COSTA. (Aparte á Jiménez:) —¡No hay más remedio!... Ó hace un disparate, ó no concluye con ella. ¡Pinche usted también!

JIMÉNEZ.—Después de todo, harto más indigna es la pecadora que nada necesita, que no la pobre infeliz, que á veces, azuzada por el hambre, se ve en el duro trance de comerciar con la honra...

PICAZO.—Estamos conformes...

COSTA.—De todas maneras, mi teoría es que á las mujeres hay que tomarlas como los coches de punto: por horas, y sólo en casos de urgente necesidad...

JIMÉNEZ.—¡Esa es también mi teoría! ¡No valen todas juntas lo que un hombre sensato!

PICAZO. (Conciliador.)—¿Qué dirían nuestras madres si nos oyeran?... Alguno de ustedes tendrá hermanas... Seamos razonables: juzguemos á la mujer según los hechos. Después de todo, ¿quién, sino nosotros, las pervierte? ¿Podemos poner cátedra de moral los que sistemáticamente las requerimos, las asediamos, las engañamos al fin, para hacer con ellas lo que con los coches de alquiler: dejarlas después que nos han servido?

COSTA. (Á Picazo:)—Desengáñese usted: la que se alquila, es porque se presta á ello, porque es mala de condición...

BELTRÁN. (Saliendo de su abstracción. Á Picazo:)—La que, casada con un degenerado, claudica, pero con uno solo, es hasta cierto punto disculpable. Lo que no se concibe...; lo que no tiene perdón...; (Excitándose gradualmente.) lo que clama al cielo y pide el castigo más cruento,

es que una mujer que se las da de enamorada, ¡cambie de amantes como de camisa!

Picazo.—Luego venimos á parar en que hay mujeres buenas...: ¡benditas sean!... Malas con atenuaciones...: ¡seamos indulgentes!... Y malas de remate...

Beltrán. (Excitadísimo.)—¡Como Carolina, como Carolina!...

Costa.—¡De la cual debemos renegar!

Picazo.—Pues reneguemos; no seré yo quien se oponga...

ESCENA II

Dichos. Carolina. Dos Guardias de orden público. La Camarera. Algunos curiosos.

Durante la escena anterior, ha ido obscureciendo gradualmente. Al comenzar ésta, es ya de noche. Pasa Carolina, cabizbaja, de izquierda á derecha. Al divisarla los del grupo, apercíbense, siendo Beltrán el primero que la afronta; los demás le siguen, la rodean ó la afrontan, según.—La escena, rapidísima casi toda ella.

Jiménez. (Bajo; á los tres; haciendo signos con la cabeza hacia el lado izquierdo:) ¡Ella!... ¡Ella!...

Beltrán. (Afrontándola bruscamente.)—¿Aun no estás en el arroyo?... (Ella retrocede espantada.)

Costa.—¡Virtuosa!

Jiménez.—¡Susana!...

Carolina.—¿Qué pretenden ustedes?... ¿Qué es lo que dicen?...

Picazo.—¡Madama Bovary?... ¡Señora de López?... (Ella plántase indignada.)

Beltrán.—¡Señora... de Andreu!!

Carolina.—¡Groseros, miserables!...

Picazo.—No nos ofenden tus palabrotas.

Beltrán.—Para madama Bovary, te falta valor: no serías capaz de suicidarte; para señora de López, corazón: tú no has amado en tu vida...

Carolina.—¡Habráse visto el canalla!

Camarera. (Desde la puerta.)—¡Vamos señoritos; déjenla pasar!...

Costa. (Á la Camarera:)—Ven; ven acá; que aprenda de tí... que vales más que ella...

Carolina. (Sofocada; intentando evadirse.)—¡Llamaré á la policía; vais á ir á la cárcel!...

Beltrán.—¡Mira no vayas tú!...

Carolina.—¡Golfos, cobardes!...

Camarera.—¡Señoritos; que eso no está bien! ¡Déjenla ya, que se puede desmayar!...

Beltrán.—Una vez lo ha hecho en su vida, y resultó fingido: ¡no se desmayan las que no tienen vergüenza!

Carolina.—¡Pues y tú?...

(Llegan dos Guardias de orden público.)

Guardia 1.°—Están faltando ustedes á las Ordenanzas...

Carolina.—Estos, estos groseros; que se atreven á insultar á una señora que va por su camino...

Los cuatro.—¡Una señora!... ¡Ja, ja!...

(El Guardia 1.° la mira atentamente, como si quisiera reconocerla.)

Guardia 2.°—Explíquense ustedes, pero sin escándalo.

(Algunos transeuntes curiosos, chicos principalmente, rodean el grupo.)

Beltrán. (Á ambos Guardias:)—Bajo mi responsabilidad: me llamo Federico Beltrán; soy ingeniero de minas, y vivo en esta misma calle de Serrano... (Dando una tarjeta, que ha sacado de la cartera, la cual sacó del bolsillo al comenzar á hablar.) Llé-

vense á ésta al Gobierno civil, á que la inscriban: ¡está indocumentada!

CAROLINA.—¡Pero qué dice usted? ¿Está usted loco?... (Á los Guardias:) ¡Soy una señora!

BELTRÁN. (Sacando un retrato de la cartera, que da al Guardia 1.º)—Vean ustedes á la «señora»!...

(Los guardias miran el retrato, que se supone al desnudo, y se asombran.)

GUARDIA 1.º (Cotejando el retrato con la cara.) —¡La misma!...

GUARDIA 2.º—¡Es la misma!

BELTRÁN.—Es... *¡La Cubana!*

GUARDIA 1.º—¡Si ya decía yo que esta cara me era conocida!... (Á ella, con desprecio, empujándola suavemente:) ¡Anda, anda á la delegación!... ¿Dónde has estado metida tanto tiempo?...

CAROLINA. (Frenética.)—¡Se atreverán ustedes?...

GUARDIA 2.º (Empujándola suavemente.) — No gastes saliva en balde... ¡Andando!...

CAROLINA. (Queriendo resistir.) —¡Esto es una infamia!...

GUARDIA 1.º (Empujándola bruscamente.)—¡Arre!...

(Se la llevan entre los dos, y parten, seguidos de la chusma, por la izquierda.)

CAMARERA. (Desde la puerta.)—¡Vaya con la bribona!... ¡Fíese usté de las que llevan sombrero!...

FUENTES. (Haciendo bocina con las manos.) —*¡Cubana*,... no vuelvas por Aguas Fuertes!...

ESCENA III Y ÚLTIMA

Beltrán. Costa. Picazo. Jiménez.

Quédanse indecisos, jadeantes; Beltrán con gran inquietud.

COSTA.—¿Vamos á seguirla?

JIMÉNEZ. (Como invitando á Picazo, que se muestra pensativo.)—Sí, que se fastidie.

BELTRÁN. (Sacando un revólver; inicia un movimiento de marcha.)—¡Debo matarla!

LOS TRES. (Le contienen; Costa le quita el revólver.) —¡No; eso no!...

PICAZO. (Á Beltrán, en tono cariñoso y persuasivo.)—Las manos de un caballero no deben mancharse con la sangre de una mujerzuela. ¡Ha hecho usted más que darla un tiro: la ha matado moralmente!... Expulsada de su casa á puntapiés; despreciada por nosotros; escarnecida por la plebe... ¿Qué mayor tormento para ella? ¿Qué mejor venganza para usted..., para nosotros todos?

BELTRÁN. (Calmándose, pero con hondo sentimiento.) —(¡Aun me queda un resto de piedad!) (Á Picazo:) ¡Cómo se conoce que usted no sabe lo que es amar!... Nadie mata á la mujer que le es indiferente: la mata por despecho, que es el amor vencido, así como la idolatría es el amor triunfante... Cuando se ama como yo he amado, con locura, ó se posee lo amado, ó hay que extinguirlo del todo... Amor es un fenómeno pasional que se convierte en adoración cuando se ve complacido, ó en odio inextinguible cuando se ve traicionado... (Sollozante.) ¡Ah!... ¡Usted no ha amado en su vida!... (Conteniendo las lágrimas.) ¡¡Dichoso usted!!...

(Picazo, emocionadísimo, se arroja en sus brazos; Costa y Jiménez tratan de calmarle.—Cae el telón lentamente.)

Fin de la obra.

ADVERTENCIA

Esta obra no ha sido escrita para que la representen: ninguna empresa teatral dirá que la he molestado con la menor pretensión. AGUAS FUERTES *no es más que una lección feroz, pero moralizadora—á lo menos tal ha sido el fin que ha movido mi modesta pluma,—derivada de un hecho que, como acaecido hace ya bastantes años, me refirió uno de mis mejores amigos. He dado á mi obra la forma dramática, y no la novelesca, porque... cada cual es dueño de escribir como mejor le acomoda, mayormente si el escritor no ha hecho profesión de fe de literato, ni de artista, ni pertenece á ninguna sociedad de autores melenudos. Por lo demás, si fuera siempre cierto que en literatura sólo se hace bien lo que se ha visto ó lo que se ha sentido, como ha dicho un novelista famoso, he aquí una obrilla que sin ser debida á un* profesional, *podría acaso pasar entre las menos malas de las de su clase: lo que no ha sido* visto, *está* sentido.

W. E. R.

MADRID.—IMPRENTA DE «EL EJÉRCITO ESPAÑOL».
Primera quincena de julio, de 1901.

